

El jurado de este premio estuvo compuesto por Antonio Javier Jareño Alarcón (presidente); Milagrosa Esperanza Esplugues Megías, Delfina Marco Navarro, Engracia Robles Rey y Salvador Santa Puche (vocales). Actuó como secretario –con voz pero sin voto- José Manuel Vidal Ortuño.

© Ignacio Borgoños

© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

© Ilustración de portada, Tomás Mendoza.

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Diseño colección: Victoria Carpena

Imprime: Yeclagrífic, s. l.

I.S.B.N: 978-84-945047-2-3

Dep. Legal: MU-46-2018

Un hombre analógico

Ignacio Borgoños

Quise ver allí una compleja maniobra del destino, como si los hechos no se rigieran por el azar. Imagino que necesitamos creer en el pensamiento mágico, porque es consustancial al ser humano suponer que existe voluntad y razón en los hechos, y que hay un arte del destino. No nos resignamos a la casualidad. Queremos que los sucesos terribles que ocurren en nuestras vidas tengan una dimensión sobrenatural. Aunque ahora, pasado ya cierto tiempo, solo advierta una ironía del destino.

MANUEL VILAS. ORDESA.

Aquel sonido estridente y ensordecedor se coló a través del pasillo como una bandada de aves coloridas que, de pronto, hubieran invadido en tropel la inmensa paz de la vivienda. Para entonces, el creador de crucigramas de cincuenta y siete años todavía no era consciente de que en su vida estaba a punto de estallar la revolución. Ni tan siquiera estaba seguro de dónde había salido la espeluznante melodía que le iba a anticipar una noticia que no estaba preparado para recibir, pese a haberla aguardado durante casi quince años. Como el ruido lo había sobresaltado mientras sostenía la taza del café en el balcón, se lo echó todo por encima mientras veía la loza hacerse pedazos contra el suelo. Entonces pensó que se trataba de un teléfono. Se preguntó si él tenía teléfono y, en caso afirmativo, cuánto tiempo hacía que lo había escuchado sonar por última vez. Confuso y malhumorado atravesó el pasillo de paredes oscuras y resquebrajadas, con manchadas de humedad y ajadas por el tiempo; hasta llegar a la cocina donde, enterrado en una mesa de madera sobre la que se apilaban multitud de revistas de crucigramas, halló un aparato grisáceo de cable enroscado, con disco de marcar, y descolgó para ver de qué se trataba.

Él era, digámoslo así, un tipo extraño. Hasta su barba, sus gafas de tipógrafo y su pelo rubio, casi anaranjado, contribuían a esa extrañeza. A los cuarenta y tres años había vivido un suceso que lo marcó de por vida convirtiéndole en alguien que no quería llegar a ser. Sin embargo había alcanzado

un pacto con la vida, donde ésta no se metía demasiado con él, ni el creador de crucigramas con ella, de forma que pese a comprobar el deterioro y el desgarró que lo circundaba, el tipo se consideraba moderadamente feliz.

Tal vez su salvación había sido el método. Cada mañana sonaba el despertador a las seis en punto. Hacía algo de ejercicio, se metía en la ducha, se vestía, cogía el sobre que había dejado el día anterior encima del aparador y salía de su vivienda rumbo al quiosco de prensa del barrio. Allí, con una llave de la que disponía, abría el candado de un arcón metálico donde los repartidores dejaban los fardos de periódicos y revistas, para depositar el sobre que, posteriormente, el repartidor de turno se encargaría de llevar al edificio del diario *El País*, donde todavía publicaban sus crucigramas hechos a mano, confeccionados con un bolígrafo BIC azul sobre una hoja cuadriculada, que después había que transcribir en el ordenador antes de pasarlo a la rotativa. Eran muchos los años que llevaba trabajando para el periódico y algunas revistas del mismo grupo editorial, como para despedirlo sin piedad o como para hacerle entender que ahora los crucigramas se confeccionaban con un programa informático donde, haciendo un simple clic en el ratón, se desencadenaba un auténtico torrente de definiciones y palabras que encajaban a la perfección en una resplandeciente acción cibernética. Porque vivía de eso, de crear crucigramas de forma artesanal. Luego regresaba a casa, se hacía un café y lo tomaba en el balcón viendo cómo despertaba la ciudad. A continuación se encerraba en su despacho, entre diccionarios y enciclopedias de todo tipo, a configurar los crucigramas hasta las siete de la tarde, parando sólo para comer. A esa hora solía bajar al bar

de los marroquies para tomar un té y fumar en la pipa de kif. Después caminaba un rato por el filo de la vida con La Cubana, una negra estilizada de pelo alborotado y mucho menor que él, que revoloteaba por el barrio y que era su amante, su novia o algo así. Entraban a algún bar y dos o tres copas más tarde se marchaban a su piso, situado en un edificio destartado donde él era el único inquilino.

Enclavado en su barrio de toda la vida, uno cualquiera de tantos que conforman Madrid, aquel edificio era uno de los pocos que quedaba por reformar en la zona, pues con el auge de la construcción permanecía circundado por otros más modernos, con mucha pompa y mucho cristal, mientras que el suyo seguía alzado allí, antiguo y caduco como un inmenso tributo a la ruina. En otra época había sido un edificio completamente habitado, podría decirse que hasta fue de postín, pero con el tiempo se había ido degradando. Los inquilinos comenzaron a marcharse, vinieron otros menos pudientes y llegaron a habitarlo familias de emigrantes con muy pocos recursos; mientras que por el contrario lo abandonaban los inquilinos que más tiempo llevaban allí, como don Antonio, un tipo muy culto que había sido profesor del instituto del barrio y que en los últimos años, antes de ingresar en una residencia de ancianos, apenas salía porque el edificio no tenía ascensor y le resultaba muy trabajoso tener que subir las escaleras.

El piso era heredado. El hombre analógico había vivido allí de soltero, junto a sus padres y a sus hermanos, que poco a poco se marcharon conforme se fueron casando y él, como era el pequeño, se quedó el último. Después, él mismo abandonó

a sus padres para casarse con Almudena y, tras el sucedido que habría de marcarle para toda la vida, regresó. Sus padres ya habían fallecido y a ninguno de sus hermanos le pareció mal que fuera a vivir allí. Ninguno de ellos residía en Madrid y el piso no les interesaba ni lo más mínimo. Apenas se habían visto en un par de décadas, no se hablaban entre ellos ni siquiera por teléfono y era probable que alguno hubiera muerto.

El problema que tenía residía en los especuladores. Había un constructor interesado en desalojarlo para demoler el edificio y erigir uno nuevo, con objeto de vender más tarde las viviendas a precios desorbitados. Había contactado con él varias veces, pero el crucigramista se resistía. Qué iba a hacer en otro barrio sin el bar de los marroquís, lejos del quiosco de prensa donde cada día depositaba un sobre con los crucigramas para *El País*, desubicado, perdido en otra órbita gravitacional. Por eso siempre se había negado a vender. Además le asustaba la burocracia. Si accedía tendría que saber de sus hermanos por el tema de la herencia, del notario, de los impuestos. Sólo de pensarlo le sudaban las manos.

Como por las buenas no accedía, el constructor cambió de estrategia y comenzó a acosarle. Su estilo era propiamente mafioso, extorsionador. Empezó por restringirle los servicios que prestaba la administradora de fincas, esto es, dejaron de llegarle los recibos de la comunidad, si se rompía algo o se fundía alguna luz de la escalera nadie reponía nada. De ahí se pasó al robo de cable y de plafones, a la retirada de los buzones, a quitar trozos del pasamanos de la escalera, incluso a dejar las ventanas abiertas de los pisos que le quedaban por arriba y por

abajo para que pudieran entrar las palomas, conformando un hábitat propicio a la dejadez más altiva.

Raimundo Covadonga, que era el dueño de la constructora Covinsa, no se iba a dar por vencido. Ya se había hecho con el resto de los apartamentos del edificio y solo le faltaba por adquirir uno, el del creador de crucigramas. Como sus propuestas de compra o permuta no habían surtido efecto ni la intimidación encubierta había logrado sus objetivos, tuvo que pasar a la extorsión pura y dura. Desde hacía un par de meses un hombre rondaba por el edificio. Si él salía a la calle lo seguía, lo intimidaba y tal vez encontrara de vuelta a casa la cerradura sellada con pegamento o unos tablones cruzados en la puerta del edificio, cuestiones que lo ponían muy nervioso y le hacían llevar una vida noctámbula, porque de noche el hombre que lo observaba desde el otro lado de la calle se marchaba de las inmediaciones hasta la mañana siguiente, cuando volvía a vigilar el edificio. En estas situaciones tan tensas era cuando el creador de crucigramas veía un saltamontes, que si bien no era una plaga bíblica porque apenas se trataba de un solo ejemplar, era su plaga.

Este edificio cada día se parece más a los de La Habana, dijo la mujer.

Con su alzado sutil y el pelo bufado, La Cubana acababa de subir tres pisos sorteando escalones rotos, paños de balastrada sin pasamanos y cascotes de yeso procedentes de las paredes enfermas, tumbados sobre los escalones como copos de nieve apartados del invierno. Venía del mercado con unas bolsas donde traía arreglo para hacer la comida. Aunque no solían verse

durante el día, en esta ocasión le había dado una sorpresa. La Cubana era un milagro de la vida, una superviviente. Quién sabe cuántas penurias había tenido que sufrir hasta llegar a conocer al creador de crucigramas. Él solo sabía de ella que apareció un día guarecida en su portal, hecha un ovillo, muerta de hambre y de frío. No hubo preguntas. La alimentó y le dio cobijo hasta que ésta se recuperó. La Cubana no lo olvidaría jamás.

Era lo bueno que tenían, que entre ellos no había preguntas. Por lo tanto no había dudas, ni tan siquiera compromiso. Su relación fluía a lo largo de los años metidos por la noche en los bares, caminando juntos por Madrid, en el cine o encamados en el único piso habitado del edificio. Él era un amante discreto, mientras que La Cubana era una amante excelsa. Lo adoctrinó para que le hiciera lo que le gustaba y él solía ver figuras informes de color anaranjado sobre un fondo negro cada vez que hacían el amor. La Cubana le dijo que ahora era cuando estaba disfrutando de su sexualidad.

Él tampoco le había contado con mucho detalle lo de Almudena ni lo del saltamontes que lo circundaba cada vez que le ocurría algo trágico en la vida. Tal vez porque pensaba que los saltamontes alguna vez revolotearon en mayor cantidad y con más fuerza alrededor de La Cubana. Lo cierto es que su vida cambió desde que ella apareció. Esa media sonrisa, esas ganas de verla cada noche junto al bar de los marroquíes, esas largas conversaciones en el metro, en Argüelles, de camino al cine o sentados en un banco en la plaza del Conde del Valle de Súchil, eran suficientes para un tipo como él.

El día menos pensado el edificio se vendrá abajo, los

bomberos tendrán que sacarte de entre los escombros embadurnadito de yeso. ¿Por qué no buscamos otro piso? Podríamos pagarlo a medias.

Me gusta esta zona. En este piso viví con mis padres y con mis hermanos. Aquí están mis recuerdos.

Tarde o temprano ese Raimundo Covadonga te echará a la calle.

Está bien. Pero todavía tendrá que pelear más.

El creador de crucigramas estaba sentado junto al balcón. Tenía el periódico del día sobre las rodillas y la vista perdida en el cielo de Madrid. A esa hora todavía debería estar encerrado en su despacho buscando definiciones, haciendo encajar alguna palabra en su casilla correspondiente, pero ese día había recibido una llamada de teléfono. No se había sentado ni un solo minuto en su despacho, al contrario, llevaba horas en la misma posición que lo había encontrado La Cubana, distraído con las tonalidades celestes, grises o anaranjadas que le quedaban enfrente, distraído tal vez con alguna antena de telefonía, una parabólica o con el paso de los vencejos. Si nada lo remediaba, iba a ser la primera vez que el diario El País no iba a tener uno de sus crucigramas al día siguiente, en más de treinta años.

No sé qué te pasa hoy, pero no eres buena compañía. ¿Es porque he venido un poco antes que de costumbre? ¿Le molesta al señorito mi presencia? Pues esta negra se va —mientras se quitaba el delantal que apenas unos minutos antes se había colocado para hacer la comida—. Ya lo creo que se va. Si se te pasa, estaré a la hora de costumbre cerca del bar de los marroquíes. Ya sabes dónde encontrarme, blanquito.

Al intentar abrir la puerta para poder abandonar el piso, La Cubana tuvo que esquivar a un saltamontes.

¿Qué demonio de bicho es éste? Parece un helicóptero. Ahí te quedas con tu insecto y tu malasombra. Aburrido, que eres un aburrido. Si no tienes ni televisión. Un hombre que no tiene un televisor en casa no es de fiar.

El creador de crucigramas sabía que aquella misma tarde, según le habían comunicado por teléfono, iba a tener que afrontar uno de los tragos más amargos de su vida. No había duda. Hacía muchos años que no la veía, pero su plaga de saltamontes estaba otra vez allí.

Tiempo atrás hubo un hombre en el que ya no se reconocía, un hombre que no era él. Estaba casado con una mujer que se llamaba Almudena. Habían sido novios seis años, se habían comprado una casa, tenían trabajo y un proyecto común. Contaban con amigos con los que entraban y salían, hacían el amor, se hacían regalos por sus respectivos cumpleaños y en Navidad, viajaban, iban juntos al supermercado, no tenían previsto tener hijos y nada hacía presagiar que no alcanzaran la vejez el uno junto al otro. Almudena era una mujer que disfrutaba con sus bolsos de marca, sus zapatos de tacón y sus innumerables visitas a las joyerías, centros de estética y tiendas de moda. Lo había conocido como creador de crucigramas, aunque ella jamás había hecho uno, en ese momento en el que la revista *Interviú* le había encargado un crucigrama gigante con el que obsequiar a sus lectores, coincidiendo con algún aniversario significativo de la publicación. Le pagaron muy bien y su reputación creció generando muchas expectativas. Nueve horizontal. Resultado feliz de una actuación, cinco letras: Éxito. Él no recordaba años mejores que aquéllos. Sus crucigramas estaban pletóricos de júbilo. Dos vertical. Sentimiento del ser

humano que busca el encuentro con otro ser, cuatro letras: Amor. Hacía gala de reconocer en cualquier situación el olor corporal de su mujer, de saber la ubicación exacta de cada lunar en su cuerpo o de adivinar sus reacciones antes de que éstas se llevaran a cabo. El crucigramista le llevaba a Almudena todas las noches la cena a la cama, respetaba su descanso pasando de puntillas de camino al cuarto de baño y sin encender la luz para no molestarla por las mañanas, incluso había sido capaz de entregarle todo su dinero para que ella lo administrara. Siete horizontal. Esperanza firme que se tiene de alguien o de algo, nueve letras: Confianza. Cada vez que entraba en ella los planetas exhibían su orden perfecto, cada vez que Almudena se reía a él le parecía que estaba iluminada por luces de neón, cada vez que caminaban de la mano se sentía un Habsburgo, un príncipe de la Liga Hanseática, un arponero del Pequod. Como le gustaba decir, si a ella le hubiera ocurrido alguna desgracia él hubiera empujado su silla de ruedas, sin ninguna duda. Ocho vertical. Obligación contraída, diez letras: Compromiso.

Si no hay tragedia no hay historia. La vida está llena de gente sin historia, que no tiene nada que contar porque no le ha sucedido nada de importancia. No tienen nada que superar, nada que aprender, nada que remontar. Son tan perfectos o están tan vacíos que resultan insulsos. En cambio, en su caso, el saltamontes que se había posado en la mesita del cuarto de estar le recordó la tragedia de su vida. Ocurrió de noche, de vuelta a casa. Almudena y él caminaban juntos. Acababan de dejar atrás la plaza de Oriente para dirigirse a la calle del Arenal. Él le había salpicado unas gotitas de agua de la fuente que hay a los pies del monumento a Felipe IV, para intentar

sacarle una sonrisa a su mujer; luego se detuvieron frente al cartel de una ópera que se estrenaba en el Teatro Real. Ella se quejó de que estaba cansada y, tirando de él, apenas le dejó tiempo para ver el cartel. Entonces sucedió. Más o menos donde ahora está el Foster's Hollywood de Ópera, Almudena desapareció. Tan sólo unos segundos atrás habían ido de la mano. El crucigramista tuvo la sensación de quedarse hablando solo y, cuando quiso cruzar la mirada, ella ya no estaba. Miró a un lado y a otro. Nada. Almudena no aparecía en su campo de visión. Reparó en los escaparates de las tiendas, por si se había detenido allí para mirar a través de las cristaleras, pero tampoco la encontró. Miró en las bocacalles, volvió sobre sus pasos, se asomó al metro de Ópera y avanzó por la calle del Arenal. Absolutamente nada. No había ni rastro de ella. Entonces preguntó a algunos transeúntes, entró a los bares cercanos por si su esposa había tenido que ir al aseo y comenzó a sentir la angustia que antecede a los hechos luctuosos. Cuando todavía era un ser ajustado a su tiempo solía llevar teléfono móvil, así que marcó el número de su mujer pero obtuvo por respuesta unos tonos repetitivos que se le hicieron eternos. Su vida había comenzado a desmoronarse allí mismo. Le puso un mensaje escrito que tampoco obtuvo respuesta. Tras fracasar en su búsqueda regresó a la casa que ambos compartían en el centro, un apartamento de reducidas dimensiones con una gran hipoteca. Almudena tampoco estaba allí.

Mientras observaba el abdomen cuarteado del saltamontes, sus antenas y aquellos ojos inquietantes, tuvo que respirar hondo para no lastimarse con los recuerdos. La llamada de teléfono que había contestado a primera hora de la mañana

tenía la culpa. El fantasma de Almudena, otra vez, al cabo de los años. Cuando parecía que la herida había cicatrizado, cuando había alcanzado cierta estabilidad con La Cubana, superado el miedo a que suprimieran su colaboración con el periódico y con las revistas para las que trabajaba, y habiéndose impuesto con orgullo y cierta dignidad a los intereses del extorsionador Raimundo Covadonga, al menos por el momento; los planetas volvían a desordenarse complicándole su permanencia en la zona de confort que habitaba. Recordó que cuando desapareció Almudena intentó contactar con sus familiares, que tampoco le cogieron el teléfono. Fue a la comisaría de Policía para denunciar lo que había pasado, le tomaron declaración y le hicieron preguntas incómodas, tales como si habían discutido últimamente o si echaba algo en falta en casa.

¿Qué insinúa? —se molestó el crucigramista.

No insinúa nada, caballero. Algunas veces pasa que quienes creemos desaparecidos, desaparecen por su propia voluntad.

El hombre analógico no duró ni un segundo más en comisaría. Se levantó y dejó su declaración a medias, ni siquiera la firmó. Durante los días siguientes buscó a su mujer por todos los hospitales de Madrid, confeccionó carteles con su foto que pegó en los postes de las farolas y las paredes de los edificios más cercanos al lugar de su desaparición, pidió un favor personal en el periódico para que publicaran su caso en la sección de sucesos y hasta una televisión nacional lo entrevistó para un programa de fenómenos paranormales. Nada de aquello le hizo arrojar ni un ápice de luz sobre el sucedido. Almudena no estaba. Almudena había desaparecido. Su ropa seguía en el armario, su cepillo de dientes sobre la repisa del cuarto de baño, sus gafas de repuesto en su estuche de Prada. Nada

había cambiado en apariencia, sin embargo el otro lado de la cama seguía vacío.

Así fueron pasando los meses y luego los años. A la batalla nostálgica y sentimental que arrastraba como consecuencia de la desaparición de su mujer, tuvo que añadir otra batalla más cruenta si cabe, la económica. Almudena era la encargada de las finanzas de la casa, ella administraba el dinero que gastaban todos los meses, era ella quien iba al banco, quien pagaba cuando salían fuera a cenar o quien cerraba los acuerdos con las compañías de seguros respecto a las pólizas que tenían contratadas. Al mes siguiente de su desaparición el banco envió una carta avisándole de que una de las cuentas conjuntas que poseían estaba al descubierto. Por lo que él tenía entendido, cada mes Almudena pagaba la mitad de la hipoteca y él la otra mitad. Ahora ella había dejado de pagar. El creador de crucigramas tomó entonces las riendas de su economía, pero ya era demasiado tarde. Apenas pudo sostener tres meses el pago de la hipoteca con el dinero que ganaba. Se empleó en dos revistas más, pero tampoco fue suficiente. Preparaba crucigramas desde que salía el sol hasta que paraba para cenar algo, pero las cartas del banco seguían llegando y cada vez con un tono más elevado, incluso amenazador. Él mismo fue a ver al director de su oficina bancaria para exponerle el caso. Era un señor obeso, calvo, con perlitas de sudor en la frente y una corbata roja que le sobrepasaba el cinturón, confiriéndole un aspecto ridículo.

Caballero, ya le he dicho que debe traer a esta oficina un certificado de defunción de su esposa, un documento oficial y acreditativo para que podamos ejecutar el seguro de

amortización, de lo contrario la sociedad de bienes que tiene constituida con su mujer es la responsable de los impagos y, por tanto, la entidad a la que represento solicitará el embargo de la vivienda.

Pero, no sé dónde está. Almudena desapareció sin más.

Lo siento mucho caballero, pero me temo que no puedo ayudarle. Si no paga en los próximos días el dinero que adeuda al banco, procederemos con el embargo.

El crucigramista perdió su casa. La policía traía una orden judicial. Apenas tuvo tiempo para sacar algunos enseres personales. Entonces fue cuando decidió instalarse en casa de sus padres. El piso estaba cerrado, pero pronto pudo adecuarlo a su estilo. No le resultó difícil porque conocía la vivienda a la perfección. Desmontó el dormitorio de sus padres y allí estableció su despacho, con una librería repleta de diccionarios y enciclopedias, de libros de flora y fauna, atlas, crónicas y manuales de Arte y de Historia, de donde extraía las palabras con sus correspondientes definiciones para los crucigramas. En el centro de éste había colocado una enorme mesa de madera recia sobre la que se amontonaban cuadernos y folios, donde diseñaba los pasatiempos. Y en el pasillo, ocupando toda la pared de lado a lado, se encontraba la obra de su vida, el mayor crucigrama que jamás había concebido un ser humano, pensado para entrar en el libro de los records, una cuadrícula ingente de seis metros de alto por diez de ancho, que superaba al crucigrama americano de 91.000 casillas y 28.000 definiciones que se vendió a treinta dólares la unidad junto con un libro de más de cien páginas con las definiciones y las instrucciones de plegado; así como al crucigrama ruso de 64.371 palabras,

cuyo hacedor había empleado siete años en concebirlo y quien lo resolvió tardó cerca de dos años en completarlo; que eran hasta ahora los dos crucigramas más afamados. Éste nada tenía que ver con el que preparó para Interviú, ni con los que hacía habitualmente para el periódico o para las revistas de pasatiempos. Calculaba que al ritmo de trabajo que llevaba, dedicándole el tiempo sobrante que le restaba tras cumplir con sus compromisos laborales habituales, iba a tardar unos nueve años en terminarlo, incluyendo el libro con las definiciones. Lo registraría en la propiedad intelectual y luego trataría de venderle la idea al grupo editorial para el que trabajaba y contactaría con los promotores del record Guinness, con objeto de ganar una buena suma. Como La Cubana reparó en la inmensidad del crucigrama clavado con chinchetas en la pared del pasillo, le pidió que la incluyera en una definición para que así sellara de alguna forma su amor por ella. Al notarlo esquivo se lo recordó cuando paseaban de la mano por el parque del Retiro. Como tampoco lo vio conforme tuvo que emplear sus armas de mujer y se lo hizo prometer una noche mientras hacían el amor. La Cubana confió en su palabra.

Con el paso del tiempo Almudena se diluyó. La vida cubrió de hojarasca su memoria. Pero hasta entonces, el crucigramista vivió un auténtico infierno de indefinición. Arruinado, sin apenas contacto con la realidad, se encerró en sí mismo y en la tarea de encontrar a su esposa aunque fuera debajo de la piel del mundo. Hubo anuncios con recompensa, interrogatorios a sus conocidos, incluso un ritual muy particular que emprendió y que aún ejercía pese a lo descabellado de su propósito. Cada día, al terminar sus crucigramas y antes de acudir al bar de los

marroquíes, se colocaba una mochila a la espalda y caminaba hasta el final de la calle del Arenal, casi hasta el Teatro Real, y se detenía junto en el lugar donde vio por última vez a Almudena. Entonces sacaba de la mochila sus artilugios. Construía los trípodes, enroscaba las cámaras, se aseguraba del enfoque y del correcto funcionamiento del flash y procedía a hacer una foto desde cada lado de la calle con objeto de que, en una vaga esperanza, apareciera en la imagen algo en lo que él no hubiera reparado antes, alguna pista que lo pusiera sobre aviso del paradero de su mujer o, incluso, que apareciera ella en la fotografía. Eran cámaras con carrete ya desfasadas. Solía llevar los carretes a revelar a la única tienda de fotos que quedaba en el barrio, donde aún le vendían la película para esas Nikon F50 que tenía. Acudía allí cada quince días. Retiraba las fotos en papel, compraba nuevos carretes y regresaba a casa para revisar las instantáneas con detenimiento. Las examinaba cuidadosamente con una lupa y, si veía algo que pudiera tener que ver con ella, una sombra, una chaqueta del mismo tipo que la que llevaba en el momento de su desaparición o un rostro de mujer con cierta semejanza, marcaba la fotografía, la databa por el envés y pedía una ampliación en la tienda del barrio. Luego las colocaba en uno de los muchos álbumes que tenía en su biblioteca y aguardaba al siguiente día para probar suerte de nuevo. Había visto obrar así a Auggie Wren, el estanquero, un personaje de ficción que aparecía en la película 'Smoke' de Wayne Wang, con guión de Paul Auster, que él mismo visionó en el cine hace muchos años con Almudena. Y en ese caso salió bien. Las fotografías le valieron a alguien. Al final la chica apareció en una de las fotos. Por qué a él no podía sucederle lo mismo, su mujer podía aparecer en una de esas fotos.

La Cubana le había preguntado en alguna ocasión por el contenido de la mochila y, como era tan orgullosa, al final le había tenido que hacer alguna foto, incluso desnuda, para aplacar sus ansias de protagonismo y desviarla del verdadero propósito del material que guardaba en la mochila. De igual forma, la negra le preguntó por los álbumes, quiso ver las fotos y, como era de esperar, no entendió. Él trató de explicarle todo eso de Auggie Wren y de Auster, pero lo único que consiguió fue despistar su interés.

Menuda tontería —dijo y nunca más volvió a preguntar por las fotografías de sus álbumes.

Esa mujer era un ser extraordinario. Él no lo podía evitar, lo pasaba bien con ella. Era de las pocas personas capaces de sacarle una sonrisa. Tal vez fuera su ingenuidad, su carácter peleón o las ideas inverosímiles que se le metían en la cabeza y que no paraba hasta llevarlas a cabo, como la del verano aquel en que se empeñó en comprar una de esas piscinas de plástico azul para colocarla en la terraza del edificio. Entre los dos subieron la caja por las escaleras, montaron la piscina y consiguieron construir una manguera lo suficientemente larga como para que recorriera diferentes tramos de escalera hasta llegar a la terraza. Entonces la llenaron y pasaron un verano a remojo. La Cubana consiguió un par de sillas blancas con publicidad de una marca de cerveza, seguramente robadas de cualquier bar, y una sombrilla. Cada tarde subían a la terraza con sus toallas y sus zapatillas para meterse en la piscina provistos de unos gintonics, con sus rodajas de limón, y del aparato de radio que el crucigramista tenía en casa a falta de televisión. Incluso alguna vez hicieron el amor allí dentro pletóricos de felicidad bajo el cielo de Madrid.

Un ser extraordinario. La Cubana era un ser extraordinario, de eso no había duda. Se movía con soltura por las discotecas, donde era conocida por todos los porteros; paseaba su delgadez y su desvergüenza por el barrio sin ningún rubor haciendo callar a quienes le chistaban y poniendo en su sitio a los viejos verdes que le decían cochinas a su paso. Tenía embrujados a los chavales, que la creían una prostituta, y era la única mujer a la que dejaban entrar en el bar de los marroquíes. La conocían por su nombre en las tiendas del barrio, hacía que los hombres de los edificios cercanos se pegaran a las ventanas cuando ella deambulaba desnuda por el piso o cuando tendía la ropa en la terraza de la misma guisa, convirtiendo esa parte de la ciudad en una Habana improvisada y por sorpresa, rompiendo así con lo establecido. Se le atribuían al menos tres peleas a tumba abierta con otras mujeres en el distrito de Chamberí, con resultado de un par de navajazos sin demasiada importancia y un ojo morado en lo que respecta a su persona, y tres K.O. a su favor. No se le conocía oficio alguno pero siempre llevaba dinero encima. El crucigramista le había dicho en varias ocasiones que no le debía nada, que se podía marchar de su vida cuando quisiera, pero ella se negaba, decía que la necesitaba y que para los tipos que había afuera, lo prefería a él.

El hombre analógico gozaba de una expresividad extraordinaria. Doblegaba el lenguaje a su antojo, lo moldeaba y revertía conforme gustaba. Esa virtud no había pasado desapercibida entre los marroquíes, que pronto entablaron amistad con él. A menudo se lo podía ver hablando en cualquier esquina con tipos procedentes de Kenitra, de Casablanca, Agadir, Tetuán, Fez o Marrakech, incluso con tipos del Rif.

Entró en contacto con ellos en cuanto éstos se establecieron en otros edificios caducos del barrio, como una especie de colonia que salpicó las ventanas de súbditos de la dinastía alauita y de canciones de radio a ritmo bereber, procedentes de las carnicerías y fruterías cercanas. Se lo podía ver a menudo tomando té, aspirando de la pipa de kif o viendo los partidos de fútbol en el bar de los marroquíes. Lo admitieron como uno más porque él les ayudó a integrarse en aquel monstruoso y fantasmal Madrid de la velocidad y la polución, de los bloques de pisos sin orden ni concierto, de la diversidad y el odio, el Madrid de las manifestaciones y los museos, de los manteros, las tardes de toros y los pobres a las puertas de las iglesias, de los ultras y los niños pijos, del Cristo de Medinaceli y el orgullo gay, de Velázquez y de Franco, de la bolsa y Telefónica, de las putas y el metro, de los asesinatos y las llamadas al 112, de los yonkis y de la Puerta de Alcalá, del Atleti y el Real, de los coches oficiales y los bocadillos de calamares, del Limpia Madrid y las bailarinas de Degas del Museo Thyssen-Bornemisza. Porque para entrar en las fauces de ese ser fantástico y, a ratos espantoso, que es Madrid, cualquier ayuda resulta poca. Les enseñó a leer y a escribir. Por las tardes, cuando terminaba de despachar sus crucigramas y hacer sus fotos, se reunía con Abdul, Falah, Halim, Ibrahim o Jafar para repasar las oraciones, los verbos y el vocabulario de día. De estos primeros pasó a instruir a sus familiares y amigos, montando una especie de academia, una especie de `Madrid Acoge`, donde les desvelaba los misterios del lenguaje, dándoles ánimo y creencia en que ellos podían hacerlo. Cuando terminaba con sus clases entonces comenzaba el papeleo, las consultas sobre cómo rellenar tal instancia o cual solicitud, que si impresos del banco, que si escritos a las

compañías telefónicas, solicitudes de examen, dudas sobre los manuales o sobre los deberes que sus hijos habían llevado a casa. Había días que La Cubana se desesperaba aguardando a que terminara para dar su paseo de costumbre. Pero ese esfuerzo desinteresado no cayó en saco roto y los magrebíes sabían recompensarlo. Era raro que le cobraran en la frutería o en la peluquería, donde él siempre hacía por pagar, aunque sin suerte en su propósito. Nada de pagar las consumiciones en el bar, por supuesto, ni por la leche o el pan que les compraba a ellos. Quid pro quo, solía decir entonces en voz alta el hombre analógico cuando se daba cuenta de los buenos gestos que tenían los árabes con él.

No tenía por costumbre hablar demasiado y menos aún sobre sus problemas personales. Sin embargo, su situación no había pasado desapercibida para algunos de los más avezados marroquíes, que en su afán por corresponder habían llegado a empeorar las cosas. Éste fue el caso de Falah. Trabajaba en la tienda de su cuñado Abdul, ayudándolo a atender a la clientela y reponiendo toda clase de productos de las estanterías, repletas hasta casi venirse abajo. Llevaba un bigote muy bien recortado y era todo huesos. El crucigramista había ayudado a leer y escribir a sus hijos, que gracias a ello consiguieron integrarse mejor en la escuela, pero realmente le estaba agradecido por el día en el que un pastor alemán que deambulaba sin cadena ni bozal por la plaza, junto al quiosco de prensa del barrio donde cada mañana el hombre analógico dejaba un sobre con los crucigramas para El País, se fijó en la hija de Falah, que corría persiguiendo inocentemente a unas palomas. El perro se abalanzó sobre la niña y le mordió en un brazo hasta

hacerla sangrar. Entonces el hacedor de crucigramas, que estaba sentado en un banco junto a La Cubana hablando sobre los cuerpos celestes de nuestro sistema solar, se levantó y fue hacia el perro. Cogiéndolo del cuello le hizo que soltara a la niña de sus fauces y así lo llevó hasta el portal donde estaba su dueño, a quien se lo devolvió en medio de una gran reprimenda. La Cubana y él mismo acompañaron a la madre de la niña y a la propia criatura herida al hospital en un taxi y, unos días después, ayudó a Falah a poner una denuncia que fructificó y terminaron multando al dueño del pastor alemán. Pues bien, Falah, que se deshizo en elogios hacia el crucigramista, tuvo ocasión de devolverle el favor. Meses más tarde de este suceso, se percató de que un hombre estaba poniendo silicona en la puerta del edificio donde vivía el crucigramista. Dejó a un lado las cajas de naranjas que transportaba hacia la tienda de Abdul y se fue directo a por el hombre que sostenía en sus manos una pistola de silicona, uno de los que con toda seguridad estaban a las órdenes del constructor Raimundo Covadonga. Los hombres se enfrentaron y la estructura corporal y enclenque de Falah fue empujada contra la pared. Entonces éste silbó de una forma muy característica y aparecieron tres marroquíes en su ayuda. Metieron a aquel hombre en una calle ciega y, al poco, salieron sin él. Seguramente le dieron su merecido y lo dejaron tumbado semiinconsciente. Unos días más tarde, dos tipos encapuchados arrojaron sendos cócteles Molotov dentro de la tienda de Abdul, provocando un gran incendio que arruinó por completo su negocio. Los marroquíes pronto supieron de dónde venía aquello. Falah perdió su trabajo y su amistad con Abdul. El hacedor de crucigramas nunca supo esto, tan solo se extrañó de la marcha de Falah y su familia del barrio.

La noche anterior a la llamada de teléfono que había recibido en su piso soñó con sus padres. Cuando se despertó tenía lágrimas en los ojos. Los había sentido tan cerca que hasta creyó haberlos tocado, cuestión por otro lado imposible porque sus padres llevaban más de veinte años muertos. Pudo ver a su madre haciendo arroz con leche en una olla. Olió aquel arroz con leche otra vez al cabo del tiempo. Pudo ver a su padre leyendo el periódico, sentado en su butaca, con los pies en alto. Leía el Sport, el periódico de referencia del F.C. Barcelona. A su padre le gustaba mucho el F.C. Barcelona, veía todos sus partidos por televisión, aunque fueran de pago, porque su padre tenía televisión de pago. Él lo acompañaba de manera incondicional hasta que éste murió y hubo que dar de baja la televisión de pago. Fueron unos padres sacrificados, sacaron a cuatro hijos para adelante. Le dieron estudios a los cuatro. Les dieron arroz con leche y televisión de pago a los cuatro. A él le pagaron la mitad de la boda con Almudena, como hacían los padres de antes. Lo tuvieron en casa hasta los treinta. De pequeño se ocuparon de él cuando tuvo la rubeola con fiebre muy alta. Su madre metió hielo en la bañera y lo sumergieron allí para que le bajara la temperatura. Sus padres pensaron que el hombre analógico era su última esperanza, puesto que sus otros tres hijos no vivían en Madrid. Fantaseaban con que él y Almudena alguna vez tendrían un hijo y que le pondrían el nombre del padre del hacedor de crucigramas. Almudena y él no tuvieron hijos. Almudena no quería tener hijos, quería tener bolsos. Sus padres pensaron que él los cuidaría, que no era como sus hermanos, que Almudena y él vivirían siempre en Madrid y que cuando fueran ancianos les podrían pañales por las noches y les quitarían la baba cuando se les cayera

mirando la nada. Su padre apenas llegó a viejo porque murió pronto. Su madre acabó en una residencia de ancianos. No hubo piedad con ellos. De nada valió el arroz con leche ni el F.C. Barcelona. Con ellos no hubo batalla en la vejez, solo hubo una masacre. Su madre perdió la cabeza y no se enteró de la desaparición de Almudena, se fue al cielo de los cristianos pensando que su hijo pequeño seguía felizmente casado y que alguna vez le daría un nieto, cuyo nombre sería el mismo que tenía su marido. Tuvo escaras y pocas visitas en la residencia de ancianos. Tuvo un ictus y medio cuerpo paralizado. A su entierro acudió poca gente. Fue la última vez que el crucigramista vio a sus hermanos. Cuando éstos le preguntaron por Almudena, él les respondió que había desaparecido. Les dijo también que había tenido que vender su casa y que había vuelto a la de sus padres. Les preguntó que si les importaba que viviera allí, ninguno se mostró en contra. Dijo que él se haría cargo de todos los gastos, que ideaba los crucigramas que publicaba *El País* y toda una serie de revistas. Sus hermanos preguntaron qué tipo de trabajo era ése, le recomendaron que buscara un empleo mejor remunerado. Pero él no sabía hacer otra cosa que crucigramas.

El hombre analógico se había pasado toda su vida ayudando a los demás, como aquella vez en que enfureció a La Cubana porque ayudó a un transexual. Eran las primeras horas de la madrugada de un día entre semana y él estaba sentado en un banco público de la plaza del barrio. Apenas había gente. El bar de los marroquíes ya estaba cerrado y éstos se habían recogido junto a sus familias más allá de cualquiera de las ventanas de la zona degradada. Había un grupo de jóvenes haciendo botellón

al fondo, donde la visión se le perdía en la oscuridad. Como todavía el tiempo era agradable y de noche no tenía nada que temer porque a esa hora ningún hombre de Covadonga lo iba a importunar, decidió reinar en la plaza del barrio. Antes había hecho la compra en una tienda veinticuatro horas, que aunque era más cara también era más segura. No comía bien: sándwich de cangrejo, bollería, patatas fritas. El hombre que lo atendió estaba haciendo el crucigrama de El País. Estuvo a punto de decirle que era él quien los diseñaba, quien los concebía para que luego los lectores pudieran hacerlos, pero otro cliente entró en la tienda y le dio vergüenza revelar su autoría. El caso es que unos tacones atronaron la plaza con un ritmo acelerado que sesgó el silencio de la noche. Al principio resultaba un sonido rítmico, después parecía que alguien estaba corriendo hacia él. Enseguida distinguió la sombra de una mujer de pelo largo, con su bolso y su vestido corto, apretando el paso. Por detrás, alguien le gritaba, un hombre que enseguida la alcanzó. La retuvo por el brazo, la zarandeó y cuando ésta se resistió, la abofeteó. La mujer comenzó a pelear con él, le golpeaba con el bolso, con los zapatos, le lanzaba arañazos y puede que hasta alguna dentellada mientras le insultaba a viva voz, poniendo de manifiesto entonces que no se trataba de una mujer sino de un transexual. El hombre que lo había cogido del brazo, seguramente su chulo, se cansó de bravuconadas y le lanzó un gancho de derecha que tiró al transexual al suelo, lo cogió por los pelos y lo arrastró unos metros en dirección contraria al lugar en donde se encontraba sentado el crucigramista. Al principio pensó que no debía intervenir, aquello no iba con él. Se trataba de una pelea más de la noche madrileña. En breves instantes la plaza recuperaría la normalidad y él podría

seguir disfrutando de su soledad y de la introspección. Pero el transexual lo había visto allí sentado y le suplicó ayuda desde el suelo. Fue cuando el hombre analógico se puso en pie y decidió intervenir.

Eh, deja en paz a la chica —gritó en la distancia.

¿Por qué no me te metes en tus asuntos?

Déjala, está claro que no quiere ir contigo.

Vaya, si nos ha salido un héroe.

Oye, no quiero problemas. Pero si no haces lo que te digo iré a dar parte a la Policía. Hay una comisaría dos calles más allá. La chica no quiere ir contigo.

¿Sabes? —dijo el chulo mientras escupía al suelo—. Me tenéis hartos. Harto de maricones como éste, de chivatos como tú. Llévate cuidado. La próxima vez me dará igual que llames a la policía o que no lo hagas, pero por mis muertos que te llevas un navajazo.

El tipo se alejó del lugar hasta desaparecer en la oscuridad y la lejanía. El transexual, que apenas podía levantarse entre los tacones y la tensión del momento, finalmente logró recobrar la verticalidad y, pletórico de gratitud, trató de articular alguna palabra que no le salía. Él regresó a su banco, ocupando el mismo lugar de antes. Todavía no le apetecía volver a su piso. El transexual lo siguió hasta allí, recomponiéndose el vestido, el bolso, el cabello.

Muchas gracias. Has sido muy valiente, tío. No veas cómo le has plantado cara a ese cabrón del Portugués. Te estoy muy agradecida.

No hay de qué.

Déjame que te compense —mientras se ponía de rodillas.

No hace falta.

Déjame que te la chupe.

En ese momento, una figura flaca y estilizada pasaba bajo las farolas del barrio. Se detuvo por un momento y luego apretó el paso. Era La Cubana, que había entendido la situación, que había descubierto el sucedido y se armó de valor para colocarse en su sitio. Ella era la pareja del crucigramista y no iba a permitir que nadie la suplantara.

Eh, tú. Fuera de ahí —le gritó haciendo aspavientos.

El transexual ni se inmutó, siguió agachado tratando de maniobrar con la cremallera del pantalón que le quedaba justo enfrente. Eso hasta que La Cubana lo apartó de un empujón, le insultó, le dijo lo maricón que era, le escupió y le lanzó una patada.

Tranquila, leona. Ni que fuera de tu propiedad.

Sí que lo es. Mantente alejado de él por tu bien. Y ahora lárgate.

¿Sabes? Me defendió del Portugués. Es todo un caballero. Que te largues te digo.

La Cubana estaba intratable. Hubiera sido capaz de cualquier cosa si el transexual no se llega a marchar. Él, mientras tanto, ajeno a la pelea de gatas, trataba de justificarse aludiendo a que solo había hecho lo que debía.

Y tú, no digas nada.

La Cubana lo agarró de una mano y tiró de él para levantarlo del banco. Lo condujo de esa forma hasta el edificio en ruinas. Subieron las escaleras a oscuras, con especial cuidado en el tramo al que le faltaba el pasamano, entraron en el piso y allí lo desnudó y lo tiró contra la cama para hacerle el amor sin piedad, como si quisiera dejarle claro quién era su hembra para siempre. Fue el mejor polvo de sus vidas.

Antes de coger el teléfono pensó que solo podía ser su amigo, el abogado. Nadie más conocía ese número, nadie que tuviera menos de noventa años, porque no era probable que algún amigo de sus padres quisiera contactar con ellos precisamente ahora, después de décadas de silencio. Se llamaba Javier Alvarado. Se conocieron en el instituto y luego, al cabo del tiempo, cuando tuvo que contratar a un abogado para que lo defendiera contra la extorsión de Raimundo Covadonga, retomaron la amistad. Como todos los abogados, Alvarado era un hombre ocupado. Más allá de los servicios prestados, los burofaxes, las entrevistas cara a cara en su despacho, las visitas al notario y las denuncias en los juzgados para salvaguardar sus derechos como propietario, apenas se dejaba ver. Quedaron un par de veces, una en Bravo Murillo y otra junto al Caixa Forum. Fueron conversaciones de bar donde parecían dos desconocidos, pese a los esfuerzos del hacedor de crucigramas por resucitar de entre la niebla del tiempo algo de aquella vieja camaradería del instituto, cuando eran unos críos y pensaban en las chavalas y en jugar al fútbol. Incluso él fue atrevido y le sacó a colación algunos nombres de chicas. Le preguntó por Agustina Sánchez, que estaba como un tren; por María Fernanda Narváez, que era muy delgada pero gozaba de la aceptación de todos los chicos de la clase; de Teresa, Mari Carmen, Eva, Mar. Alvarado no se acordaba de ninguna de ellas. Era como si siempre hubiera sido abogado y nunca hubiera ido al instituto.

Lo siento, no me acuerdo de esas chicas.

Luego le estuvo hablando de los profesores, de las anécdotas de la clase de gimnasia, de cuando se fugaban Matemáticas para ir a escuchar música a los parques bien

provistos del último número de Playboy, donde nadie les molestaría. Tampoco recordaba eso. En cambio le dijo que el proceso sería largo, que Covadonga estaba bien relacionado en el Ayuntamiento, que todo le iba a costar unos dos mil quinientos euros. Alvarado había cambiado. El mundo había cambiado. La música había cambiado y ya no publicaban Playboy. Él era capaz de recordar sin esfuerzo alguno su etapa en el instituto. Veía de forma prístina el rostro de cada compañero de clase, su disposición en las mesas del aula, quién iba con quien, cada profesor, sus calificaciones, los recreos, su primera novia y por supuesto recordaba a Javier Alvarado, que era un poco tímido, como él, pero para nada parecido al Javier Alvarado de ahora, un tipo físicamente distinto al de entonces, achaparrado, con gafas y medio calvo. La vida había pasado por encima de él con litros de café, tabaco y preocupaciones en forma de una mujer y dos hijos de quienes cuidar, hipoteca, academias de inglés, vacaciones, enfermedades, seguros, impuestos, caídas de las acciones, unos padres envejecidos y humedades en el piso de la playa. Le propuso que algún día podían salir y tomar una cerveza, tan vez quedar con alguien más del instituto, pero dijo que tenía mucho trabajo. Nunca más volvió a insistir. Por el contrario, Alvarado era bueno en su profesión, consiguió que un juez le reconociera sus derechos como propietario del inmueble y también tenían una vista pendiente por el tema de la extorsión. Además consiguió que se restableciera en su piso el suministro de luz y el de agua, que fueron cortados sin razón aparente ni previo aviso, y demandó a la administración de fincas por haber dejado de pasar recibos de la comunidad y por dejación de funciones. Una vez lo vio en el metro, de noche, y le dio las gracias personalmente por llevar su caso de

manera tan diligente. Él le sonrió y le recordó que el proceso le iba a costar dos mil quinientos euros.

Uno horizontal. En la mitología griega, diosa de la venganza y la justicia retributiva. Cinco letras: Némesis. Tras más de ocho horas de intenso trabajo buscando las definiciones adecuadas, el crucigramista abandonó su despacho y salió al pasillo. Apenas reparó en la inmensidad del crucigrama clavado con chinchetas del suelo al techo a lo largo del pasillo, que aún permanecía inacabado. En su cabeza todavía bullían las definiciones, sobre todo una con la que había comenzado el crucigrama del día para el periódico: Némesis. Venganza divina, justicia retributiva. ¿Quién se vengaba de él? ¿A cambio de qué? ¿Por qué le había sucedido lo de la desaparición de Almudena? Era inevitable que todos los días pensara en ella, que le dedicara un poco de su tiempo. Era como si pudiera sentir que estuviera allí, con él, en la casa de sus padres, y no desaparecida como estaba o muerta. Abrió de par en par la ventana de la galería, que daba a un patio interior. Con el ruido asustó a las palomas, que se replegaron hacia el interior de las ventanas. Las palomas vivían allí, en el edificio, con él, compartiendo aquel abandono. Sobre todo estaban concentradas en el tercer piso, al que accedían por el patio de luces que quedaba al descubierto con el cielo por techo. Anidaban en aquel lugar a salvo de los peligros que encontraban en la ciudad. Es cierto que no le molestaban demasiado, pero era consciente de que conformaban un foco de podredumbre y de posibles infecciones. Acodado en la ventana de la galería las observaba en la parte que le quedaba a la vista del tercer piso y las imaginaba pululando por el interior de aquella casa

tomada, puestas a salvo en un mundo caduco y ya superado, cuyo vestigio más significativo eran los cristales emplomados de las ventanas, formando cuadrados elegantes de diferentes colores que evocaban un pasado burgués bastante acomodado. Némesis. Qué había hecho él para merecer un castigo divino que regulara su situación, que restableciera el equilibrio. Tal vez fue demasiado afortunado durante los años que compartió con Almudena y no había valorado aquello suficientemente. Por eso la desgracia de la desaparición cayó sobre él para equilibrar su mundo, para no dejarlo instalado en la felicidad perpetua, donde andaba confiado, sino para rebajarlo a la mortalidad que distingue a los hombres por su naturaleza. Cuando llevaba allí acodado un rato, las palomas ganaron confianza y algunas de ellas alcanzaron los recodos de las tuberías o las colañas atravesadas de lado a lado para posarse allí.

Una noche en la que entró a la tienda de Abdul para comprar pan, Falah le preguntó mientras le atendía que por qué no se casaba y tenía hijos. Aquella pregunta lo dejó petrificado ante el expositor donde había carne de cordero y multitud de botes con especias de todo tipo. ¿Casarse con quién? Él ya estaba casado, solo que Almudena estaba desaparecida desde hace años. ¿Con La Cubana? Ni se lo había planteado. Así estaban bien. No había compromiso ni demasiadas preguntas, pero tal vez ella esperaba más y era él quien lo estaba haciendo mal. Falah metió una barra de pan en una bolsa y se la acercó desde el otro lado del mostrador mientras decía en voz alta su precio. Por entonces trabajaba en la tienda de Abdul y aún tenía esa sonrisa de oreja a oreja que tanta simpatía desprendía. Todavía no se había visto obligado a dejar el barrio y quién sabe

si Madrid después de que los hombres de Covadonga hubieran convertido en llamas la tienda por su culpa. En cambio, el hombre analógico no vio aquella mano tendida hacia él que sostenía una bolsa con una barra de pan dentro, su pan, el de la cena de esa noche. Ensimismado en la resolución de la pregunta que Falah le había formulado, no se percató de lo que estaba sucediendo sino que buscaba en su interior la respuesta. Era posible que el hecho de no tener hijos con Almudena hubiera sido un error, al menos así le hubiera quedado algo de su relación anterior y no sólo el vacío, el recuerdo. Pero Almudena no quería tener hijos, quería tener bolsos. Cuestión de inmadurez. A él no le hubiera importado ser padre. En ese caso, y si hubiera tenido un niño, le hubiera puesto el nombre de su padre. Se imaginó con Almudena y el niño con el nombre de su padre en el parque del Retiro, subidos en una barca de remos; sosteniendo a su hijo sobre los hombros en la cabalgata de reyes, a la espera de algún regalo; llevándolo al colegio cada mañana, en el parque de atracciones, comprándole un disfraz por carnaval, pintándole un bigote negro con corcho quemado para la función de fin de curso, arrojándole cada noche o llevándole a la piscina para que aprendiera a nadar. Pensó en el hijo que nunca había tenido y sintió lástima de sí mismo porque en esa vida aparentemente insulsa y de alienación absoluta intuía una emoción desconocida. Incluso tuvo tiempo —mientras obviaba la presencia de Falah—, de pensar si ese hijo que nunca tuvo podía ser de La Cubana. Sería flacucho y desgarrado, eso seguro. Sería café con leche. Sería un niño analógico, pobre, con malos naipes para afrontar la vida. Se sonrió cuando pensó en La Cubana embarazada, rechoncha y protestona.

Perdona, Falah. Estaba distraído —a la vez que recogía la bolsa con la barra de pan que le tendía el marroquí desde el otro lado del mostrador.

Una noche de verano en la que tenía pensado subir a la terraza y meterse desnudo en la piscina de plástico con La Cubana y un par de cervezas, la negra tuvo la ocurrencia de hacer una sesión de espiritismo. No había otra opción porque apareció con la güija y un par de amigos por el piso. Era una pareja gay con la que solían coincidir en los bares de Malasaña. José María, que era operario de una cadena de montaje, y Jordi, empleado de banca. Tenían gemelos, se los había quedado la madre de José María para que ellos pudieran salir. La Cubana sabía que no era partidario de recibir visitas, él vivía en su desorden ordenado y no le gustaba que nadie metiera las narices en sus asuntos. Además las visitas siempre hacían preguntas incómodas sobre el edificio en ruinas y sobre los crucigramas, que le resultaban difíciles de contestar porque se salían de lo establecido. Pero la negra tenía una manera especial de sonreírle, de decirle alguna porquería al oído que derrumbaba sus argumentos al instante, así que siempre se salía con la suya. La Cubana era una hembra maravillosa, se llamaba María Regla, pero jamás permitía que nadie la llamara así. Una vez fueron al Manzanares a ver las estrellas junto al Puente de los Franceses y se les mostró un lucero al que le pidió que no se separaran jamás. Por todo ello hubo sesión de güija. José María y Jordi se sentaron en el sofá y ellos enfrente, en un par de sillas, dejando en medio la güija sobre la mesa del cuarto de estar. Apagaron la luz, bebieron de sus copas para armarse de valor y los cuatro pusieron el dedo índice de la mano derecha

sobre un vaso situado del revés. La Cubana lideraba. Convocó a los espíritus. Cuando entró en trance habló con su mami. El vaso se movía, pero aquello no había quien lo creyese, todos pensaron que eso era cosa de ella y producto de una farsa. Así fue hasta que le dieron pie al crucigramista. Le dijeron que convocara a alguien y él pensó en Almudena pero no lo dijo. Luego le dijeron que pensara en un número. Para dejarlos en evidencia pensó en el número 127. A continuación el vaso conducido por los dedos índices de los cuatro se dirigió a los números 7, 2 y 1. El número 127 al revés. El crucigramista tragó saliva y sintió miedo. Tanto que buscó cualquier excusa y se retiró. La Cubana le preguntó si estaba bien, él dijo que sí. Le dijo que si quería que se quedase con él. Él negó con la cabeza. Dijo que estaba cansado, que saliera ella con José María y Jordi. En realidad estaba muerto de miedo. La negra se marchó con la visita a los bares de Malasaña. Él se encerró en el dormitorio y echó el pestillo. No sabía si el espíritu de Almudena rondaba por la casa.

El edificio ya no era el mismo de antes, cuando el crucigramista era un chaval y allí se rezumaba un esplendor burgués poco más tarde desconocido. Cuando sus padres vivían y todos los pisos estaban habitados. Cuando no faltaba ningún trozo del pasamano y cuando todavía no caían cascotes de yeso procedentes del techo, como copos de nieve. El último ser viviente que lo habitó antes de dejarlo a él completamente solo allí fue don Antonio. Profesor jubilado de un instituto cercano, siempre vestía pantalón gris y una chaqueta azul marino de punto. De su fisonomía destacaba el bigotito perfectamente recortado y su pelo engomado, como peinado con fuerza hacia

atrás. En el declive de su vida pasó a calzarse unas zapatillas de andar por casa, incluso cuando salía a la calle. Extraña costumbre para un dandi como él, por lo que intuyó que le dolerían los pies y no podría calzarse zapatos. Sucedió incluso antes de que conociera a María Regla, antes de que ésta apareciera hecha un ovillo al pie de las escaleras del edificio, con hambre atrasada y alguna historia de superación enjaulada entre sus huesos. Fue su despedida de don Antonio, la última vez que lo vio. Estaba trabajando en definiciones sobre mitología nórdica cuando escuchó unas voces que no lo dejaban concentrarse, porque le pareció que procedían del interior del edificio. Abandonó la mesa de despacho y fue hacia la puerta. Por el pasillo notaba aquella voz de forma más nítida y, para cuando alcanzó la puerta, ya sabía que quien estaba pidiendo auxilio era don Antonio. Bajó todo lo deprisa que pudo el tramo de escaleras que lo separaba del segundo piso y entonces pudo ver al profesor tirado en el suelo del descansillo pidiendo auxilio. Debíó encontrarse mal y, con buen criterio, salió de su casa y comenzó a dar voces de alarma. Estaba blanco y tenía la frente completamente sudada. El hacedor de crucigramas, al verlo allí en el suelo, pensó en llamar a Alvarado. Él siempre llamaba a Alvarado cuando algo iba mal, fuera un tema concerniente a la abogacía o no. Sin embargo hizo aquello solo. Entró en casa de don Antonio y llamó al 112. Una ambulancia vino a por él. Se lo llevaron y nunca más volvieron a verse. No regresó jamás. Luego, con el paso de los días, supo que lo habían ingresado en una residencia de ancianos. Entretanto, como vio que pasaba el tiempo y no regresaba, bajó al segundo piso para tirar los alimentos perecederos al contenedor de basura, puesto que se quedó con las llaves de la casa de don Antonio pensando en

que alguien terminaría por reclamárselas. Estando en el piso, al que no entraba desde que era un niño, decidió ir a la sala de estar del profesor, donde este atesoraba multitud de libros. De entre ellos el hacedor de crucigramas seleccionó varios manuales de Historia Antigua y Filosofía que llevó consigo, porque pensó que le serían útiles para conseguir definiciones con las que poblar sus crucigramas. Al cabo de los días tocaron a su puerta. Era la hija de don Antonio, que preguntaba por las llaves. Él se las dio. Cuatro hombres que no había visto nunca vaciaron el piso del profesor y lo metieron todo en un camión. Mientras esto sucedía el hombre analógico reflexionó sobre si debió llamar al 112 o no. Tal vez si hubiera ayudado a levantarse a don Antonio y lo hubiera conducido hasta la sala de estar para que tomara asiento en su sillón, atendiéndole él mismo allí, haciéndole aire, dándole un vaso de agua o un caldo caliente, él todavía estaría acompañado, todavía no sería el único habitante del edificio, donde desde aquel momento tuvo que afrontar la más absoluta soledad.

El hombre analógico tenía pocos recursos, pero es que algunas veces las circunstancias lo desbordaban. Era sábado, de eso estaba seguro. Serían las doce y media, tal vez la una de la madrugada cuando el ruido lo despertó. Todavía no conocía a La Cubana, de lo contrario ella se habría encargado de todo, pero el caso es que estaba solo. Caminó desvelado por el pasillo, donde se tropezó con un aparador que aún conservaba tal cual lo dejaron sus padres antes de morir, con sus jarrones, sus candelabros, el tapete de ganchillo y la colección de gatitos de cristal color caramelo. Se asomó por la ventana pero no le pareció ver nada raro. El murmullo parecía provenir del

interior del propio edificio. Fue hasta la puerta y, al recorrer la mirilla, contempló a través de ella un trasiego inusual en el descansillo de la escalera, pese a la penumbra que se extendía dificultándole la visión. Se escuchaba música muy alta: rock, heavy. Alguien gritaba, todos hablaban pero apenas se percibía el mero rumor de las conversaciones porque la propia música impedía decodificar los mensajes. ¿De quién podría tratarse? Además, ¿a quién se le ocurría acudir al edificio a esas horas intempestivas? Sintió miedo y por eso al principio no abrió la puerta. Pero su curiosidad fue en aumento al intuir que se trataba de una reunión que había congregado a muchas personas. ¿Cómo podía haber tanta gente en un edificio deshabitado? Regresó a su cuarto de dormir para echarse la bata por encima y no tener que salir en pijama. Finalmente afrontó la situación con arrojo y cierta valentía. Allí afuera había una multitud de jóvenes que habían tomado las escaleras y los descansillos, así como algunas casas cuyas puertas habían cedido o simplemente no había puerta. Calculó unas ochenta personas repartidas por todo el edificio, desde el portal a la azotea. Como no había suministro de luz comunitaria, los muchachos habían venido provistos de unas pequeñas velas, que colocaron en las esquinas para que nadie pudiera patearlas, así como empleaban las linternas de sus teléfonos móviles creando juegos de luces contra las paredes. También habían traído sus bolsas llenas de botellas de refrescos, de hielo y de alcohol. Bebían en vasos alargados de plástico, bailaban y hablaban entre sí. Igualmente se besaban, se devoraban en los escalones, se metían mano en los rincones más oscuros. Aquella diversión desmedida, aquel disfrute de la colectividad lo impactó sobremanera. Apenas en un acto reflejo tuvo tiempo de coger las llaves y cerrar la puerta

de su casa para evitar que se colara dentro algún chaval. Afuera, no daría más de cuatro pasos antes de llamar la atención. En ese intervalo se asomó por el hueco de la escalera. Abajo había una multitud de cabezas y la música procedía de allí. Cuando miró hacia arriba, hacia el cuarto piso y el acceso a la terraza, vio también a gente pero menos. Temió por la seguridad del edificio, que era viejo y en cualquier momento podría ceder algún tramo de escalera por el peso. Pensó que los jóvenes debieron forzar la entrada. Alguno de esos jóvenes tal vez vivía en el barrio y creyó que el edificio estaba deshabitado, así que decidió hacer una fiesta y convocar a todo su instituto o facultad precisamente allí, donde él vivía. La primera en reparar en su presencia fue una muchacha de pelo extraño, es posible que de color lila, con un piercing en la nariz, toda vestida de negro y con los vaqueros rotos a la altura de las rodillas. Dio un grito que lo asustó. Ella también estaba asustada, se echaba hacia atrás y lo señalaba tratando de mostrarles a sus amigas lo que había descubierto. Sus amigas también chillaron y salieron corriendo escaleras abajo. Debía parecer un fantasma, un zombi apocalíptico. Provocó una estampida, un efecto dominó que produjo caídas, tropezones y más chillidos, que a su vez despejó gran parte del edificio. Por el contrario, los resistentes, los tipos que no le tenían miedo porque lo reconocieron como alguien inofensivo, se acercaron y se rieron de él. Un muchacho con una gorra blanca vuelta hacia atrás le dijo que si era un okupa o algo así. El hombre analógico le respondió que vivía allí. ¿Estás loco? Este edificio está deshabitado, nadie vive aquí. Y el que sí, que había vivido allí junto a sus padres y sus hermanos cuando eran pequeños y que ahora había vuelto a la casa de sus padres. Otro muchacho distinto al de la gorra blanca vuelta

hacia atrás le recriminó que por su culpa se había estropeado la fiesta. ¿La fiesta? Habéis invadido una propiedad, el ruido me ha despertado, no tenéis ningún derecho a estar aquí, marcharos. Los muchachos se miraron entre sí. Uno de ellos lo miró de frente acercándole mucho la cara, hasta casi tocar frente con frente. Vamos, métete en tu casa ahora mismo o te daremos una paliza que no olvidarás jamás. Al crucigramista no le quedó más remedio que recular y replegarse hacia el interior de su piso. Su integridad física corría peligro. Eran muchos más que él y si hubiera pelea lo podrían lastimar. Ante ese problema enseguida se acordó de su amigo el abogado. Fue hasta la cocina y enterrado entre una pila de revistas de crucigramas encontró un viejo teléfono de disco. En las inmediaciones estaba la agenda telefónica que empleaba su padre, donde él mismo había anotado el teléfono de Javier Alvarado cuando se mudo a vivir allí, para que no se le olvidara. Sin reparar en la hora que era consultó el número en la agenda y lo marcó. Tras varios pitidos apareció la voz de Alvarado al otro lado. Javier, soy yo, tu amigo del instituto, perdona que te moleste... Y Alvarado, sin dejarle terminar, le dijo que si estaba loco, que si qué horas de llamar eran esas. Pero él insistió, le hizo ver que se trataba de una emergencia, pues había una multitud de muchachos dentro de su edificio, poseídos del mayor descontrol que hubiera visto jamás. No te lo puedes imaginar, están borrachos los unos, en celo los otros; han traído bolsas con botellas de alcohol, hay una nube de humo como un gran hongo nuclear que se expande por el hueco de la escalera. ¿Y a mí que me cuentas?, se molestó Alvarado. Mi mujer y mis hijas están durmiendo. Si para ti es un problema llama a la policía. Javier Alvarado colgó el teléfono dejándole en el mayor de los

desamparos posibles. Se quedó allí en la cocina, sentado en una silla junto a la mesa donde se encontraba el teléfono y las revistas de pasatiempos que coleccionaba, pensando en su amigo abogado y en la conveniencia de llamar a la policía para que vinieran a desalojar el edificio. Sin darse cuenta se durmió, su cabeza quedó apoyada contra la propia mesa. Cuando despertó horas más tarde, unos tímidos rayos de sol entraban por la ventana de la cocina. Se incorporó trabajosamente porque había estado descansando en una mala posición. Fue hasta la puerta. Afuera ya no se escuchaba nada. El edificio estaba en silencio. Salió al descansillo de la escalera y allí pudo comprobar que la finca se había quedado hecha una pena. Los peldaños estaban llenos de vasos vacíos, había botellas tumbadas contra el suelo, innumerables colillas, vómitos, bolsas de hielo vacías; nadie se había tomado la molestia de recoger aquello una vez que dieron por terminada la fiesta. Y fue cuando llegó a la conclusión de que le iba a tocar a él recogerlo todo.

De entre los días felices que recordaba, el hacedor de crucigramas se quedaría tal vez con la época de los viajes que hizo a París y a Budapest con Almudena. Fueron días plétóricos de hallazgos y disfrutes. Se había planteado esto de la felicidad un día cualquiera, en el traqueteo del metro, mientras iba de camino a las inmediaciones del Teatro Real cargado con la mochila donde guardaba las cámaras de fotos y los trípodes. Mientras instalaba las cámaras con la esperanza de atrapar a Almudena en una instantánea —siguiendo la forma de proceder de Auggie Wren, el estanquero, el personaje de ficción que aparecía en la película ‘Smoke’ de Wayne Wang, con guión de Paul Auster, que él mismo visionó en el cine hace muchos

años con su mujer—, recordó aquellos viajes. Recordó el día en el que entraron en una zapatería de la Rue de Rivoli y la dependienta se agachó para encajarle unos zapatos a Almudena, dejándola fascinada no solo por la maravilla de zapatos que terminó por comprar, sino por la atención profesionalizada de las dependientas de París. O cuando pletóricos de hambre y hartos de comida francesa, descubrieron un restaurante español junto al Centro Pompidou, cuando tomaron helado sentados plácidamente en unas sillas metálicas en torno a la fuente del Jardín de las Tullerías, incluso cuando se asomaron desde la habitación del hotel y vieron los tejados de París. Pero también cuando vieron por primera vez el Danubio a su paso por Budapest, cuando compraron una sortija de tres oros en una joyería de Váci Utca o un bolso en una boutique de la Avenida Andrásy. Almudena resplandecía, parecía que hacía el amor con más ímpetu, con entrega absoluta. El crucigramista la veía así y era dichoso, como lo era disfrutando de los baños Gellert, donde el anuncio de los cuerpos Danone, o en la piscina del balneario Széchenyi, donde había tipos jugando al ajedrez dentro del agua. Así fueron felices los dos, ella con sus zapatos, su bolso y su anillo de tres oros; él con sus remojones en el Gellert y en el balneario Széchenyi. Cuando ya tenía las dos cámaras sobre sus respectivos trípodes y se disponía a disparar para atrapar quién sabe si el alma de Almudena a su paso junto al Foster's Hollywood de Ópera, recordó cuando cenaron en Le Train Bleu, uno de los mejores restaurantes de París; o cuando merendaron en el Café New York de Budapest, en un marco emergido de otra época con aquellas columnas salomónicas y el terciopelo rojo de las butacas. Entonces sucedió. Le pareció ver a su mujer, a Almudena, después de

desiertos de tiempo. Levantó la vista de la cámara por unos segundos para comprobar si era ella, antes de volver a cerrar un ojo y hacer la foto. A toda prisa se desplazó a la siguiente cámara, que tenía dispuesta en ángulo para no dejar escapar aquel cuerpo material, espíritu, alma o lo que quiera que fuese. Sin descanso echó a correr detrás de ese sueño, que doblaba una bocacalle, no sin antes tropezar con uno de los trípodes y rodar por el suelo. Magullado, pero insensible al dolor, fue una bala por la puerta del Foster's, fue viento doblando la bocacalle por donde había creído ver a su mujer, hasta que al final deceleró la marcha porque Almudena, como entonces, había desaparecido. Obligado a cargar con ese peso como Sísifo empujando su piedra de forma inútil y frustrante hasta la cima de la montaña que nunca alcanzaba, regresó a casa con sus cámaras y sus trípodes. Al día siguiente fue a la tienda de fotos del barrio para que revelaran el carrete. Almudena no aparecía en las fotos. Falsa alarma.

Doce vertical. Poner a riesgo. Nueve letras: Arriesgar. Claro que también tuvo días felices con La Cubana. Siendo verano, hubo una ocasión en que María Regla apareció por el edificio sonriendo y con dos bicicletas sostenidas por sus manos. Desde abajo había gritado el nombre del hacedor de crucigramas y éste se asomó al balcón para ver su dentadura resplandeciente, su pelo alborotado, su delgadez, sus ganas de vivir. No pudo resistirse y la acompañó en su delirio ciclista por las calles de Madrid. Las bicicletas no valían nada, estaban viejas y oxidadas, pero les había dado aire a las ruedas y funcionaban. Eran unas 'Gacela BH' de paseo. Montaron en ellas. La negra llevaba anudado a una de sus muñecas un transistor color naranja. En

el dial que tenía seleccionado, la cadena en cuestión emitía un especial de The Beatles. En el transistor sonaba Can't buy me love, después Twist and Shout, I want to hold your hand y así muchas más. Subido en aquella Gacela BH fue un Grande de España. Recorrieron el parque del Retiro, Recoletos, La Castellana. Hasta que ella detuvo la marcha. Desmontaron, ataron las bicicletas a un árbol con una cadena y su candado, la negra lo besó y le dio la mano. Le dijo que no hiciera preguntas, que mantuviera la boca cerrada. Entraron al Hotel NH Madrid Eurobuilding, pidió en recepción dos albornoces, dos toallas y un bañador masculino. Al otro lado del mostrador, el muchacho de recepción dudó ante aquella petición pero al final cedió y le dio a María Regla lo que pedía. Le preguntó el número de habitación y ella dijo uno al azar. Después el recepcionista pronunció el supuesto apellido de la pareja, uno extranjero que no recordaban porque no les correspondía y se adentraron en el hotel en busca de la piscina. Se dieron un baño soberbio. La Cubana disfrutó como una niña, nadaba, buceaba, salía de la piscina para volver a arrojarle dentro, se colocaba contra los chorros de agua, hizo el pino, acorraló a su amante contra el bordillo para besarle, se hizo la muerta para comprobar su flotabilidad y le susurró al oído que no se quitaba la parte de arriba del bikini para no escandalizar al personal. Rieron como nunca antes lo habían hecho. Estuvieron tanto tiempo dentro del agua que los dedos de sus manos se arrugaron. Luego, tras tomar una ducha en los vestuarios, María Regla pidió copia de la tarjeta de la habitación porque la había extraviado, el muchacho de recepción le sostuvo por unos segundos la mirada a la negra, pero al final claudicó y le dio una tarjeta. Subieron por el ascensor hasta la quinta planta. El crucigramista

no podía creer lo que estaban haciendo, le advirtió que eso ya era demasiado, que estaban arriesgando mucho y que los iban a pillar. Ella le dijo que se tranquilizara, que seguramente quienes habían cogido esa habitación serían unos guiris que estarían disfrutando de un recorrido turístico por la ciudad, a quienes nada más que les interesaría la habitación para ir a dormir después de un buen atracón de museos y autobús de dos pisos. La cama era impresionante, alta, muy confortable. La Cubana se echó encima de él y estuvieron haciendo el amor durante unos minutos apoteósicos. Allí mismo se quedaron dormidos viendo el televisor y, como fin de fiesta, acudieron al hall donde pidieron un par de gin tonics de esos color rosa que tanto demanda la gente elegante en las barras de los bares. Brindaron y volvieron a reír. Antes de abandonar el NH Madrid Eurobuilding, que por otra parte era el mejor hotel en el que habían estado en sus vidas, La Cubana dijo que lo cargaran todo en la cuenta de la habitación. Salieron abrazados, caminaron hasta el árbol donde habían dejado atadas las bicicletas y regresaron al edificio abandonado en el que vivía el hombre analógico, donde no pararon de reír y de chocarse las manos celebrando el bocado que acababan de darle a la vida, la gesta que habían conseguido llevar a cabo sin coste alguno, el buen rato que habían pasado juntos; tal vez el mejor de su vida en común.

Felicidad hubo también cuando La Cubana se duchó por primera vez en su vida con agua caliente. Él no sabía si subirla a casa o llevarla a un hospital. Había aparecido encogida bajo una manta a la vuelta de los pies de la escalera. Seguramente se había refugiado allí huyendo de la ferocidad de Madrid. Tenía una

pinta horrible. Llevaba el pelo sucio, tenía ojeras, estaba en los huesos —aunque eso no era una novedad en ella— y las tripas le rugían de hambre. Al verle se destapó y se echó hacia atrás en un gesto a la defensiva. Temía que le pegara, que quisiera violarla; debió haberlo pasado muy mal antes de conocerle, por eso reaccionaba así. El hombre analógico le enseñó la palma de sus manos en señal de las buenas intenciones que tenía con ella. Le ayudó a recoger sus cosas y le dijo que subiera con él a su piso. La negra se había topado con cientos de hombres desalmados en su vida, los conocía bien y ese no era uno de ellos. Estaba segura. Así que accedió. El piso le pareció fabuloso en comparación con el descuido y el abandono que reinaba en el edificio. Le extrañó que alguien pudiera vivir allí, pues creía que estaba deshabitado en su conjunto. Le llamó la atención un aparador con una colección de gatitos de cristal color caramelo. Antes, mientras recorría el pasillo, se fijó en una gran cantidad de papeles fijados en la pared conformando lo que parecía un gran crucigrama. Pensó que se trataba de un tipo raro, quién colgaba papeles así, quién pretendía resolver un crucigrama tan grande. Tomó asiento en el comedor, junto a la mesa. Dejó sus cosas en un rincón: una mochila sucísima, varias bolsas de plástico repletas de pertenencias y la manta con la que se había cubierto. La negra temblaba, tal vez por los nervios en vez de por el frío, o por las dos cosas a la vez. Había oscurecido ya, así que a él le pareció educado ofrecerle algo para cenar. Fue a la cocina y cocinó unos huevos, preparó unos macarrones con atún y tomate, una ensalada y llevó con él hasta el comedor unas piezas de fruta, la jarra del agua, incluso unos pastelitos que había comprado el día anterior en la tienda veinticuatro horas del barrio. Tomó asiento junto a ella y asistió a uno de

los mayores espectáculos que jamás había visto. La Cubana no comió, sino que engulló aquello con ferocidad. Era evidente que llevaba varios días sin comer absolutamente nada. No le puso ni sal al huevo, los macarrones duraron menos de un minuto en su plato y se comió toda la ensalada, dos piezas de fruta y los pastelitos de la tienda veinticuatro horas. El crucigramista no dejó de observarla todo el tiempo. Ella levantaba la vista de vez en cuando y enseguida devolvía su atención al plato. Tuvo que volver a rellenar la jarra del agua porque su invitada bebió varios vasos seguidos. Una vez saciada el hambre y la sed, la acompañó por el pasillo hasta el cuarto de baño. Allí le dejó a la vista una toalla blanca y le dijo que se metiera en la ducha, que había agua caliente, así como que él la esperaría afuera. Un cuarto de hora después, cuando la puerta del cuarto de baño se abrió, María Regla parecía otra. Salió envuelta en la toalla en busca de la ropa que guardaba en su mochila. Sobre la cabeza se había hecho una especie de turbante con la toalla de manos. Estaba descalza y había dejado un reguero de agua y huellas por todo el pasillo. Cuando él se asomó al cuarto de baño, apenas podía ver nada porque una densa niebla se extendía por allí dentro. Mientras ella se estaba duchando, había aprovechado para sacar un juego de sábanas limpias del armario y hacerle la cama en la habitación que él ocupó de soltero. Cuando la negra se vistió y se quitó el turbante de la cabeza, él vio que era bonita y le sonrió. Hablaron en el comedor, ella le dijo que le estaba muy agradecida y él le anunció que iba a pasar la noche allí, que le había preparado una cama con sábanas limpias. Luego se despidieron y cada uno se fue a su cuarto. María Regla, ya acostada, miraba el techo de la habitación. No quería dormir por si a media noche aquel hombre empujaba la puerta que ella

había atrancado con una silla, y se abalanzaba sobre ella para violarla. No era normal tanta amabilidad. Al menos ella no la había conocido jamás. Pensó en que lo mejor sería aguardar un par de horas hasta que el hombre se quedara dormido y después salir de la habitación, coger algo de comida y lo que encontrara a su paso que pudiera tener algún valor, como la colección de gatitos de cristal color caramelo que había sobre el aparador, antes de abandonar el piso. Cavilaba todo esto La Cubana cuando le alcanzó el sueño. Durmió más de diez horas seguidas. Cuando despertó estaba asustada. No sabía dónde se encontraba. Quitó la silla que atrancaba la puerta y salió al pasillo. Notó mucha claridad, así que dedujo que había dormido demasiado y que la mañana ya estaba muy avanzada. Recorrió todo el pasillo hasta el comedor, donde el desayuno estaba preparado. En la ventana que daba al patio de luces su ropa estaba limpia y puesta a secar al sol en las cuerdas. Allí también estaba tendida la manta y hasta la mochila que llevaba consigo. Al mirar a su izquierda, el dueño del piso trabajaba en una mesa de despacho donde había muchos libros y revistas, cuadernos y botes de lápices. Lo saludó y él le dio los buenos días. Le dijo que si se encontraba mejor y que tenía el desayuno preparado en la mesa del comedor. Ella no pudo reprimir las lágrimas.

En los días siguientes, María Regla no se atrevía a marcharse de su lado porque le daba miedo separarse de aquel ser extraordinario. Reparó en que ella no era la única persona a la que le ayudaba, sino que no salía de su asombro cuando lo vio tratar con los magrebíes. Habían salido al bajar el sol, cuando el hombre que lo vigilaba por encargo del constructor,

Raimundo Covadonga, ya se había ausentado. El crucigramista entró en el bar de los magrebíes y allí mismo le habían preparado una mesa. Presentó a La Cubana en sociedad, ante la atenta mirada de todos los hombres, y le dijo que pidiera un par de coca colas y que se sentara a su lado. Allí, la negra asistió pasmada a la ayuda desinteresada que prestaba, por lo visto, de forma habitual. Ayudó a cumplimentar documentos a cinco hombres, que traían dos peticiones de licencias de apertura de comercios, un pliego de descargo por una multa, un certificado de empadronamiento y un escrito al consulado de Marruecos. Seguidamente una madre y su hija tomaron asiento y él les enseñó las diferencias entre las conjugaciones y les preparó una batería de frases para que pusieran en práctica lo aprendido. Cuando terminó con ellas ya eran cerca de las diez de la noche. El camarero los invitó a unos dulces y le preguntó a él si iría a ver el partido de fútbol que tendría lugar al día siguiente, el hombre analógico sonrió y le dijo que sí. Pero aún quedaba una última señora por atender. Era la mujer del dueño del locutorio del barrio. Traía consigo un apercibimiento de la Policía Local anunciándole que debían retirar un rótulo que no cumplía con la normativa municipal o, de lo contrario, serían sancionados con una multa. Dijo que su marido estaba enfermo y que no sabía qué hacer con ese papel. El hacedor de crucigramas le preparó un escrito para presentar en ventanilla y le dijo que si conocía a alguien para que desmontaran el rótulo. Ella le dijo que sí. Le recomendó que así lo hiciera y que llevara el escrito al Ayuntamiento para evitar la multa. Una vez que terminó de despachar con los magrebíes salieron a dar un paseo por el barrio. Fue el primero de los muchos que darían. La Cubana le preguntó si cobraba por hacer todo ese papeleo. Él le respondió

que no. Luego le preguntó que por qué los hombres del bar se le habían quedado mirando a ella todo el tiempo, él le respondió que porque no era costumbre que vieran a muchas mujeres como ella por allí. Pese a que lo acababa de conocer, ella comenzó a sentirse atraída. Quería saber de él sin descanso, le preguntó por el abandono del edificio, por su afición a los crucigramas, por su altruismo y su profesión, se interesó por saber si tenía pareja y quiso saber la razón por la que la había ayudado. Con cada respuesta la negra ensanchaba más su asombro. No se explicaba cómo era posible que existiera una persona así sobre la faz de la tierra. Pero el caso es que existía y, además, lo tenía delante. Mientras caminaban sin rumbo sobre los adoquines del barrio saludando a gente desconocida para ella, María Regla pensó que iba a hacer todo lo posible para estar siempre cerca de ese tipo balsámico y bienintencionado. Se prometió que su nombre estaría entre una de las definiciones del crucigrama monumental que estaba colgado con chinchetas en el pasillo de la casa donde había dejado sus cosas. Esa fue la razón por la que trató de integrarse en su vida. Entonces ya sabía que lo iba a besar y que caminaría cada noche a su lado por las calles del barrio.

María Regla habría de recordar igualmente el invierno de las protestas. Había surgido un brote xenófobo en Madrid a raíz de las detenciones de unos suicidas islamistas que pretendían atentar en la ciudad y que tuvieron como efecto rebote la concentración de unas trescientas personas ataviadas con banderas nacionales de la época franquista, botas militares y puños americanos. Eran ultras. Neofascistas. Recorrían los barrios donde había concentraciones de población magrebí y

asestaban allí sus golpes de efecto, con cargas indiscriminadas, pintadas xenófobas, rotura de escaparates, peleas y mensajes amenazantes, invitando a regresar a África al colectivo de emigrantes musulmanes. Al barrio del hombre analógico también le llegó su hora. Los neofascistas se concentraron en la plaza donde él solía tomar asiento por las noches para apurar su idilio con la vida. Desde su piso no podía verlos. Además, como hacía frío tenía las ventanas cerradas y tampoco podía escuchar el jaleo que se estaba formando. Esa noche La Cubana y él no habían salido. Se habían quedado hablando en el sofá mientras escuchaban música en la radio. Alguien aporreó la puerta del edificio. Cuando salieron al balcón comprobaron que era Halim. Parecía fuera de sus casillas. No lograban entender lo que decía, pero pedía su intercesión, eso seguro. La Cubana y él bajaron para ver qué sucedía. Entre las palabras que lograron identificar estaban: ayuda y pelea. No tardaron demasiado en descubrir de lo que se trataba. En la plaza donde estaba el quiosco de prensa pudieron ver a los neofascistas. A unos treinta metros de distancia, un puñado de musulmanes residentes en el barrio se había congregado para defender de una posible agresión sus locutorios, sus fruterías y sus tiendas de ropa. Los ultras tomaron posiciones y comenzaron a gritar consignas fascistas de un racismo preocupante. En las manos portaban bates de béisbol, cadenas metálicas y piedras con las que destruir los escaparates. El hombre analógico llegó a tiempo, justo antes de que se produjera la batalla campal. Trató de mediar entre los dos bandos. Ante la cabecera de los visitantes dijo que se marcharan, que ese era un barrio de gente pacífica y que no querían problemas. Los ultras le respondieron que allí vivían moros y que éstos debían marcharse a su país,

que España era de los españoles. El hacedor de crucigramas insistió en que no debían pelear y en que los magrebíes eran gente pacífica y trabajadora que ganaba su dinero de forma legal. Uno de los ultras respondió que eran asesinos y gente de mal vivir, así como que se apartara de una vez si no quería que le pasaran por encima. Entonces comenzó la carga y él le gritó a María Regla que llamara a la policía. Apenas fueron unos minutos, tiempo suficiente para que entre las cadenas y los bates de béisbol los ultras, superiores en número, arrasaran con los magrebíes y destrozaran las cristalerías de sus tiendas. La policía llegó cuando los ultras ya se habían marchado. La Cubana estaba horrorizada. Todavía muchos hombres seguían en el suelo condolidos. Su pareja tenía una herida en la nariz. En cuanto llegaron los sanitarios le confirmaron que estaba rota.

El día que sonó el teléfono ya se había olvidado de todo cuanto fueron. Antes de que se echara por encima el café manchando su camisa blanca y sus pantalones caqui, antes de que la loza reventara contra el suelo haciendo la taza mil pedazos, el hombre analógico pensaba poco o nada en Almudena. El tiempo la había soterrado con su arena, como hizo con la ciudad asiria de Nínive. El silencio tan extraño que produjo su marcha, comparable al sillón ahora vacío donde antes se solía sentar su padre, había sido ocupado por el sonido de la rutina y la artillería acústica de la negra, de María Regla, que había puesto el son cubano, la timba, la salsa o incluso el mambo en su vida, como agradecimiento por haber acabado con el concierto de tripas que arrastraba y haberla acogido en su casa. No lo había pensado nunca, pero el hombre analógico se había quedado enclavado en la imagen de Almudena tal

como era a los treinta y ocho años. No había evolucionado en esa imagen ni había pensado en cómo sería ella ahora quince años después. Probablemente estaría muy cambiada. El día de su desaparición llevaba unas gafas preciosas, negras y con pedrería, que solía alternar con las lentillas para dar descanso a sus ojos. Él nunca pensó que esas gafas pudieran pasar de moda, que llevara otras en su puesto porque las creía realmente bellas. Llevaba una cazadora vaquera y unos pantalones rosas de micropaña. Y él, sin embargo, jamás pensó que sus cámaras fotográficas la atraparían con otra indumentaria distinta. La recordaba con su piel tersa y limpia, jamás se le había pasado por la cabeza que le hubieran podido salir manchas del sol o alguna pequeña arruga, patas de gallo tal vez. La Almudena que él conoció no había cambiado ni un ápice, se mantenía impertérrita ante el paso del tiempo, apenas ajada por él, como una estatua o un recuerdo. Resultaba extraño que en quince años no hubiera tenido tiempo para reflexionar sobre ello, sobre el cambio que produce el paso de los años en las personas. Ahora sería otra persona diferente, más experimentada, con otro corte de pelo o con más peso. Aunque ya no sería ella. Ya no sería Almudena sino otra mujer distinta, no esa con la que viajó, se acostó o con quien compartió una vivienda. La mantenía en su mente así, bajo una urna de cristal donde él le salpicaba unas gotitas de agua de la fuente que hay a los pies del monumento a Felipe IV, para intentar sacarle una sonrisa, justo así. Su imagen no había evolucionado. No la había sometido a la miopía del tiempo, puesto que si lo hubiera hecho, con toda probabilidad estaría distorsionada, desenfocada al menos. Pero lo más significativo era que esa imagen distorsionada en la que jamás pensó conllevaría un holocausto vital sobre todo cuanto

fueron. Su casa, amueblada y decorada como la mantuvieron durante años, habría dejado de existir siendo ocupada ahora por otra familia, habitada por niños desatendidos por sus padres, convertida en una oficina, en una casa de putas o quién sabe qué; su matrimonio dónde habría quedado más que en una vaga idea volatilizada, absurda y a la deriva que sobrevolaba el espacio exterior como basura cósmica; la risa, los buenos momentos compartidos, cada orgasmo, cada película o cena, cada regalo de cumpleaños, cada Nochevieja, cada fiesta en casa de los amigos, cuando todavía tenían amigos en común, pertenecían ahora al pasado, al mundo de los recuerdos o al de los no muertos, situándose en ese limbo de la resistencia a perecer de forma incondicional y definitiva. Tal vez el hombre analógico no había pensado en todo esto porque vivía instalado en la cruel esperanza de volverla a ver, de recuperar el reino perdido de donde había sido expulsado como el último soberano del sultanato nazarí de Granada.

El teléfono sonó cinco veces antes de que el crucigramista estuviera en la cocina preparado para descolgar. Estaba molesto por haberse echado encima el café, por la inoportunidad de la llamada, por haber descubierto que tenía teléfono después de tantos meses sin utilizarlo, soterrado como estaba bajo las revistas de pasatiempos. Fue cuando vio al saltamontes posado sobre una de las revistas y supo que si descolgaba alguien le transmitiría una mala noticia. El insecto debió colarse en casa y ni La Cubana ni él se habían tomado la molestia de echarlo. Llevaría ahí dentro varios días, pero hasta entonces no se había percatado. Con una mano temblorosa recogió el auricular porque temió que si lo dejaba sonar más, nunca sabría quién lo

había llamado, qué es lo que quería o cuáles eran sus intenciones. Como ya no pensaba en Almudena no barajó la posibilidad de que fuera ella. Incluso así, el temblor en la mano continuaba porque el saltamontes seguía ahí, quieto, sobrecogedor y maldito, como un pájaro de mal agüero. Enseguida reconoció la voz de Alvarado al otro lado del hilo telefónico. El abogado, el único amigo que le quedaba del instituto, fue el encargado de transmitirle la noticia.

Ha muerto. ¿Has visto la esquila? Ha salido publicada en el periódico.

No, no he visto ninguna esquila. ¿Quién ha muerto?

Pues quién va a ser. Almudena.

El hombre analógico sufrió entonces el impacto de aquel nombre y cuanto significaba. Almudena muerta, pensó. Durante todo este tiempo de incertidumbre había estado viva y él no había sido capaz de encontrarla. Las deducciones se le agolpaban en tropel. Se hacía preguntas sin alcanzar a conocer las respuestas. Pero, ¿por qué no lo buscó para darle una explicación de su ausencia? ¿Le estaba dando así la razón al policía que le tomó declaración en comisaría cuando denunció su desaparición? El agente dijo que, algunas veces, quienes creemos desaparecidos lo hacen por su propia voluntad. Dónde había estado Almudena todo este tiempo o con quién, eran otras de las muchas cuestiones que le sobrevenían. ¿Qué le había impulsado a tomar esa decisión? ¿Por qué nunca contactó con él? Tal vez había sido víctima de alguna enfermedad o alguien de su familia la influenció para que dejara a su marido así, de repente, sin mediar explicación alguna.

¿Sigues ahí?

Sí.

Di algo, demonios. Llevas quince años sin saber de ella.
No sé qué decir.

Al menos compra el periódico. Así te enterarás dónde es el funeral o cuál es la casa mortuoria.

Lo haré. Compraré el periódico.

¿Está La Cubana contigo?

No, estoy solo.

Mejor. Ahora vendrán unos días difíciles. Tendrás que dar explicaciones.

Pero, ¿dónde ha estado todo este tiempo?

¡Ah, compañero! Quién sabe. Son los misterios de la vida. Eso se lo tendrías que preguntar a ella y ya no es posible. Pensé que te gustaría saberlo, por eso te he llamado. Ahora respira profundo y baja a comprar el periódico. Suerte.

Sostenía todavía el auricular contra su oreja cuando Alvarado colgó el teléfono, dejándolo en compañía de la ingravidez de un pitido intermitente. Estuvo sentado varios minutos allí, junto a la mesa de la cocina, mientras veía pasar por delante su vida en común con Almudena. No era momento de buscar culpables, pero se sintió mal. Notó el peso del tiempo perdido, de su lucha denodada por encontrarla durante los tres primeros años y la progresiva entrega a la realidad que lo condujo a desistir en su tarea.

El hombre analógico no solía tener prisa. En cambio, esa mañana corrió escaleras abajo salvando peldaños rotos, el peligro del pasamano ausente en un tramo, los cascotes de yeso caído y los charcos conformados por las filtraciones procedentes de las vidrieras del techo. Ya en la calle, lo tomarían por alguien que llegaba tarde al trabajo o que estaba inmerso en cualquier otra

apretura de tiempo porque andaba a paso ligero, esquivando a los transeúntes haciendo zigzag, concentrado, con rostro de preocupación. El quiosquero acababa de atender a un cliente y se había adentrado en el fondo de su negocio para apilar unas cajas con mercancía. El crucigramista cogió del expositor el periódico que le interesaba y se dispuso a pagar. En ese momento cayó en la cuenta de que nunca había visto al quiosquero, pese a acudir todos los días a su negocio para dejar el crucigrama en el arcón metálico adjunto, donde se guardaban los fardos con la prensa diaria. Cuando se dio la vuelta y regresó para cobrarle pudo comprobar que se trataba de un hombre mal encarado, calvo y con sobrepeso. Lo miraba mal, como si se extrañara de su presencia allí, atribuyéndole la condición de forastero pese a que vivía en el barrio. Tan solo fueron unos segundos pero le bastaron para saber que aquel hombre no era de fiar, como más tarde comprobaría. Pagó y, al poco, regresó a casa con el periódico bajo el brazo. Para entonces ya había encontrado lo que iba buscando. No pudo resistir la tentación de leer la esquila allí, de pie, a escasos metros del quiosco de prensa. Decía el nombre completo de Almudena y a continuación que había fallecido en Madrid a la edad de 58 años, que descansara en paz y que su pareja, Juan González Tomás; su hijo Álvaro, su madre, hermanos, sobrinos, primos y demás familia rogaban una oración por su alma. Igualmente la familia agradecía la asistencia a la misa corpore insepulto que se celebraba esa misma tarde a las siete en la parroquia Nuestra Señora del Buen Suceso, calle Princesa, 43.

Más tarde, sentado en su sillón frente al balcón, con el periódico abierto por la página donde estaba publicada

la escuela de Almudena, dejó la vista perdida en el cielo de Madrid tras pensar demasiado en lo que había sucedido. Había procesado gran cantidad de datos y había hecho multitud de elucubraciones hasta quedar exhausto. Almudena había muerto en la misma ciudad que habitaba él, llevaban su cadáver en una caja de pino a una iglesia que apenas quedaba a unas cuantas paradas de metro de donde vivía y, por si no era suficiente para devastar su ánimo, de la escuela extraía conclusiones como que ella había conocido a otro hombre y que había tenido un hijo. El hacedor de crucigramas se sonrió con una mueca de comediante de lo irreparable, porque le parecía curioso que mientras estuvieron casados ella nunca quiso tener hijos. ¿Y quién era aquel Juan González Tomás? ¿Su pareja? No estaban casados, eso era evidente, porque a él nadie le había pedido el divorcio. Y aún así, por lo visto habían tenido un hijo en común. De la información que le había proporcionado el periódico también deducía que la madre de Almudena estaba viva. Sería ya una anciana. Pensó por unos instantes en ella. Malos recuerdos en cualquier caso. Su suegra nunca puso de su parte para encontrar a Almudena, no se sumó a su causa o, tal vez, maniobró para llegar a ella sin contar con él. Por otra parte estaba la inmediatez. Debía decidir en apenas unas horas si iba a asistir a la misa corpore insepulto o no. Era en una iglesia que estaba cerca de su barrio, lo cual le llevaba a concluir que Almudena había vivido todo este tiempo cerca de él, pese a que nunca se vieron. Mejor así. Él no sabía cómo hubiera reaccionado al verla con otro hombre o empujando un carricoche con su hijo dentro. Entonces una ola de lucidez fue iluminándolo todo hasta clarificarle que lo más probable era que fuera abandonado sin previo aviso, como un perro

cuando llega el verano y sus dueños no pueden viajar con él y deciden desprenderse del animal para siempre. Cavilaba en este sentido cuando escuchó la puerta. La Cubana entró al piso con unas bolsas. Debía haber ido a hacer la compra al mercado de abastos. No se había acordado de ella ni hacía aprecio a esa sorpresa a deshora que le había dado para poder comer juntos, pero sabía que él no era buena compañía aquel día. No pudo ni saludarla. La vio entrar con su delgadez y su pelo bufado. Ella le lanzó un beso por los aires mientras se ponía el delantal. Colocó la compra en su sitio y comenzó a prepararlo todo para hacer la comida. Como la negra no lo sorprendió atareado en su despacho supuso que ya había terminado de hacer sus crucigramas y le dio conversación. Al haber tenido que sufrir el estado tan deplorable de la escalera para llegar hasta el piso que compartían, se le ocurrió proponerle un cambio de vivienda, buscar otro piso como hacen muchas parejas para mejorar en su calidad de vida, cuestión a la que él respondió de forma negativa y con desgana, aludiendo a que en ese piso estaban sus recuerdos. Ella, en un ejercicio de paciencia, volvió a insistir porque sabía que llevaba razón, pues no era cuestión de recuerdos sino de mera seguridad. El día menos pensado el techo del edificio se les vendría encima o meterían el pie hasta la altura de la rodilla en uno de los escalones. Por eso le dijo que tarde o temprano Covadonga los echaría de allí para tirar el edificio y construir uno nuevo. Él, por su parte, tuvo una respuesta infantil. Dijo que Covadonga tendría que pelear aún más, aceptando entonces que su derrota era cuestión de tiempo. Unos vencejos sobrevolaban el cielo de Madrid. El periódico seguía abierto sobre sus piernas por la página en la que aparecía la escuela de Almudena. Le pareció que María

Regla estaba enfadada, que vociferaba su malestar, pero él no quería pelear. Al menos ese día no. No tenía fuerzas para ello. Escuchó como cerró la puerta con violencia haciendo retumbar las paredes. No había dejado de mirar el cielo de Madrid desde que leyó por última vez la esquila. Cuando apartó la vista sorprendido con el portazo que había dado La Cubana encontró un saltamontes en la mesa del cuarto de estar, sobre una pequeña maceta que estaba colocada encima de un tapete de ganchillo que confeccionó su madre, porque a su madre se le daba bien hacer ganchillo. La plaga bíblica estaba ahí y él debía pagar por sus pecados.

Aquella misma tarde, mientras caminaba hacia la calle Princesa, donde debía encontrar la parroquia Nuestra Señora del Buen Suceso para asistir a la misa de Almudena, pensó en los amores contrariados y en que lo que tenía con María Regla no era amor, sino otra cosa. Algo distinto que no sabía cómo denominar. Notaba cómo las ideas bullían en su cerebro. Ante él se sucedían escaparates, tráfico rodado, turistas, políticos, edificios, carteles publicitarios. Todo ese ajetreo distorsionaba su percepción, le impedía adentrarse con claridad en lo que estaba a punto de afrontar, así como esa idea de atribuir a su relación con La Cubana algo distinto al amor. Y si llegaba a la parroquia y coincidía con su suegra o con sus cuñados, ¿qué les iba a decir? ¿Sería capaz de reconocer a la pareja de Almudena? ¿Y a su hijo? No sabía por qué estaba caminando hacia la parroquia Nuestra Señora del Buen Suceso. Se detuvo en un paso de peatones esperando a que el muñeco se pusiera color verde. Pensó en volver, en regresar a su casa y olvidar la misa de Almudena, en olvidarla definitivamente a ella también. Pero

cuando el muñeco se puso de color verde siguió caminando. Una boca de metro, el reflejo de Madrid en los cristales espejados de un edificio, un hotel de lujo, una muchacha que bajaba de un taxi. De repente La Cubana se entrometió en su pensamiento reclamando su cuota de afectividad, como si le preguntara que si lo suyo con ella no era amor, ¿entonces qué era? Ni él mismo lo sabía. En ese momento recordó una fiesta de cumpleaños en casa de José María y Jordi, la pareja con la que solían coincidir en los bares de Malasaña. No sabía cómo se prestaron a hacer una fiesta así en su casa. Tenían mucho gusto y un piso con terraza. Habían conformado varios espacios despejando de muebles el salón y el cuarto de estar para la ocasión, así que entre esas dos estancias y la terraza, los invitados deambulaban con cierta libertad. Cuando llevaban allí un par de horas la fiesta se había desmadrado. El piso estaba lleno de gente. La música tranquila del principio se había convertido en música dance, todos estaban hasta arriba de alcohol y drogas, había parejas enrollándose en el cuarto de baño y en los dormitorios. El crucigramista había tenido que espantar a un par de amigos de José María y Jordi que se habían puesto muy pesados con él y que, finalmente, convencieron a un ajedrecista que había acudido solo a la fiesta para practicar la sodomía encerrados en la despensa. Por su parte, La Cubana le había pasado una pastilla y le había dicho con una gran sonrisa que esa noche valía todo. Ella misma se tomó una y le insistió hasta convencerle para que él hiciera lo mismo. Cuatro vasos de sangría más tarde estaba más simpático que nunca. La sobrina de Jordi no había dejado de mirarle en toda la noche, con su belleza blanca y frágil, y su aire bohemio de estudiante de Cine que fuma mucho y que sueña con el suicidio. El hombre analógico se le acercó y

estuvo hablando con ella mucho rato en un esquina del salón, junto a unas máscaras africanas y un tantán, que José María y Jordi habían comprado en uno de los viajes que hicieron por África. Rieron mucho y se besaron. Después salieron de la mano a la terraza y allí congregaron la atención de todos cuando, subidos cada uno a un extremo de la barandilla del mirador al aire libre, caminaron con el máximo riesgo de caída al vacío el uno hacia el otro como unos funambulistas, hasta juntarse en el centro donde se fundieron en un abrazo ente un fuerte aplauso del público congregado alrededor, que los vitoreaba aliviado porque al final no les había sucedido nada. Debió ser alguna apuesta, un reto que afrontaron los dos para demostrarse mutuamente valor. Él nunca se había sentido tan bien. En cambio La Cubana reaccionó mal, se encaró con la estudiante de Cine, le dijo cuanto quiso, mientras que a él lo sacó de la fiesta echándole en cara que la había puesto en ridículo delante de sus amigos. La negra lo quería solo para ella. De eso estaba seguro.

Lo demostraría un par de días después. La joven estudiante de Cine no se dio por vencida. Paseó su belleza blanca y frágil por el barrio del hombre analógico hasta encontrar el edificio del que le había hablado en varias ocasiones su tío Jordi. Llevaba un cigarrillo encendido entre los dedos cuando alcanzó las inmediaciones del portal, situándose más o menos en el mismo lugar que solía ocupar el hombre que tenía contratado Raimundo Covadonga para intimidarle. La muchacha tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó con una de sus botas antes de afrontar el destino que tenía preparado. El interfono no funcionaba porque de restar prestaciones al inmueble ya se encargaba Covadonga, para

ver si así conseguía echar al único inquilino que quedaba en el edificio. Asumida la carencia tecnológica, la muchacha golpeó con los nudillos la puerta. Al poco el hacedor de crucigramas se asomó por el balcón y se sonrió al verla allí abajo. Le lanzó las llaves para que las cogiera al vuelo y aguardó a que subiera.

Vives en un edificio muy chulo. Mi tío me había hablado de él, pero se quedó corto. Me dijo que todo era un caos y que aquí montáis sesiones de güija. Esta dejadez, el estar todo destrozado, polvoriento, es magnífico. Algún día filmaré una película aquí —mientras le rodeaba con sus brazos el cuello y lo besaba en la boca por sorpresa.

Tomaron asiento en el cuarto de estar. Ella se quitó sus botas y se puso cómoda, quizás demasiado cómoda. Se había enroscado a su cuerpo. Quería follar. El crucigramista tenía dudas, era muy joven, era la sobrina de Jordi. Y luego estaba La Cubana. No tenían nada firmado entre los dos, no había exclusividad, pero sabía que se lo tomaría a mal. María Regla, que estaba por lo visto al habla con los espíritus y con el más allá, recibió aquella información de alguna manera natural o sobrenatural, el caso es que apareció en el piso como si hubiera sido alertada del peligro. Abrió la puerta con sus llaves y los vio sentados en el sofá, el uno al lado del otro. Vio los pies de la estudiante de Cine sobre el sofá, vio su cara blanca, sus labios gruesos, su escote abisal. Sin mediar palabra se fue a por la muchacha, la agarró por los pelos y la echó de allí. La estudiante plantó cara, pero la negra estaba curtida en los bajos fondos, ya fueran éstos de La Habana o del Madrid más profundo y canalla. Antes de que la bella y sensual sobrina de Jordi pudiera revolverse, ella ya le estaba marcando el cuello con un cuchillo de cocina. La sacó al rellano y cerró la puerta.

La muchacha, que estaba descalza, desató su juventud y su locura a través de una monumental pataleta que le duró una media hora, donde no paró de gritar y de aporrear la puerta hasta alcanzar el agotamiento, tiempo que La Cubana empleó en llevar al dormitorio a su hombre para demostrarle qué tipo de hembra era capaz de ser en la cama, hasta hacerle olvidar a esa niña, a esa criatura blanca que había intentado equipararse con ella, una hija de la revolución que había mamado el desabastecimiento y la miseria. La muchachita bella y rubita no tenía nada que hacer. Cuando despachó a su hombre en el dormitorio La Cubana arrojó por el balcón las botas que la estudiante de Cine había olvidado en el cuarto de estar, sin importarle si la joven estaba todavía allí abajo llorando y sosteniendo los últimos estertores de su pataleta o si se había marchado ya. Un par de días más tarde se enteraron de que la sobrina de Jordi se había suicidado. Se lo comunicó el propio Jordi. Todos creyeron que llevaba una vida disoluta y rebelde, mezclada con su juventud y con las drogas, y que su muerte fue a causa de ello. Todos menos el hombre analógico, que quiso creer que fue por amor.

Amor. Cuatro letras apenas insignificantes que juntas conforman un leviatán capaz de los sentimientos más excelsos del hombre, pero también de conducirlo a los abismos más remotos, de donde huirían espantadas hasta las criaturas inmundas. Sin reparar mucho en ello, casi arrastrado por la inercia, el hombre analógico había alcanzado las inmediaciones de la parroquia Nuestra Señora del Buen Suceso. Eran las siete de la tarde, la hora establecida en la escuela para que diera comienzo la misa corpore insepulto. El coche fúnebre no tardó en aparecer.

Afuera esperaba una pequeña comitiva para recoger el féretro y meterlo a hombros en la iglesia. Desde la distancia reconoció a algunos familiares, los tíos de su esposa, que llevaban traje, gafas negras y corbata, como si acabaran de aparecer en la película de Tarantino *Reservoir Dogs*; los hermanos de ésta, así como una anciana con la cabeza ladeada y en silla de ruedas, que debía ser su suegra. Guarecido entre los viandantes, al otro lado del tráfico, camuflado entre un árbol y el mobiliario urbano, esperó a que todos estuvieran dentro para alcanzar la iglesia. Nunca antes había estado allí. Era una estancia fría, una parroquia demasiado moderna para su percepción. Amplia, sombría, con un frontal de vidrieras coloridas que le daba un toque pop. Ocupó un lugar de pie, al fondo. El féretro estaba justo en el lado opuesto, frente al altar. Había poca gente, Almudena nunca había tenido muchos amigos. A él le hubiera gustado comprobar que estaba muerta con sus propios ojos, porque de lo contrario no se lo iba a creer. Tenía todavía la absurda esperanza de que no fuera así, de que no estuviera muerta. Pero sabía que habría de conformarse con el consenso de la esquila, la misa y el tributo familiar a la difunta en la parroquia con el ataúd cerrado. Deseaba poder saludar a sus cuñados o a su suegra, aprovechar para preguntarles qué había sucedido todo este tiempo, cuál había sido la causa de la muerte de su esposa o por qué se marchó de su lado así, de repente. Por el contrario, una ola de dignidad lo tomó por sorpresa. Sabía que no iba a ser capaz, que se quería poco pero lo suficiente como para no pasar por esa humillación. Así que esperó a que terminara el funeral. Sacaron el féretro a hombros. Él apenas se movió de su sitio. Descubrió a algunos de los asistentes dándose codazos y cuchicheando por lo bajo. Era muy probable que hablaran

de él, de su presencia allí. A quienes tuvieron el atrevimiento de saludarle, él les respondió haciendo un gesto con la cabeza. Cuando la caja mortuoria pasó frente a él se mantuvo erguido en señal de respeto. Después salió de la iglesia y no se detuvo a hablar con nadie. Llevaba prisa, todavía no había hecho el crucigrama del día y eso significaba que tendría que trabajar hasta bien entrada la madrugada.

El tiempo lo destruye todo. Con las relaciones de pareja también puede. La gente va al infierno y no lo sabe. El hombre analógico también fue doblegado por el tiempo, también estuvo en el infierno y no lo supo. Mientras regresaba a casa después del mal trago que acababa de pasar, tomó conciencia de lo afortunado que fue durante una época de su vida. En los estertores finales de su resistencia trató de indagar en la última noche que Almudena y él pasaron juntos que, por otra parte, es donde debían estar las claves de su desaparición. Trató de hallar lo que tornó su fortuna en vacío, en silencio. En sí mismo no encontró nada porque él vivía en una felicidad algo inocente y sencilla. No esperaba mucho más de la vida, más allá de la repetición de lo que ya tenía: más sexo con Almudena, más viajes, más paseos agarrados de la mano, más películas en las salas de cine, más cenas en sus restaurantes favoritos, más crucigramas. Dicen que la felicidad es el deseo de repetir. Él hubiera estado repitiendo hasta el infinito con su mujer, solo que ya era desgraciado y no lo sabía. La calle Princesa es larga, tenía tiempo para pensar. Trató de recordar lo que hablaron antes de que ella desapareciera de su lado. Al principio no lograba clarificar sus ideas, no encontraba nada, como era lógico, tras desiertos de tiempo. Comenzó a inquietarse conforme se le

agotaba la calle, porque tenía que torcer para seguir el rumbo que lo conduciría a su barrio. Instantes después algo surgió. Lo primero que le vino a la mente fue: Cuatro vertical. Pesar causado por un desengaño. Nueve letras: decepción. Cuando caminaban por la plaza de Oriente, justo antes de que él le salpicara unas gotitas de agua de la fuente que hay a los pies del monumento a Felipe IV, para intentar sacarle una sonrisa, ella le dijo que estaba decepcionada. Lo dijo sin mirarle. Es más, juraría que miró al lado contrario para evitarlo. Él trató de quitarle hierro al asunto, por eso lo de las gotitas de agua. No hubo nada más. Estaba seguro. Esa noche no. Nunca le habló de que quisiera desaparecer. Llegaba ya a la plaza de su barrio cuando concluyó, como entonces, que ella actuó conforme lo hacen los verdaderos suicidas, ejecutó su plan sin comunicarlo previamente.

La Cubana no se fiaba de lo que estaba sucediendo. Sabía que algo iba mal. Había consultado el oráculo cubano, una suerte de chamán, superstición y santería realizada con unos frijoles encadenados con un hilo sobre un plato lleno de ceniza, donde también había una cola de lagartija. El oráculo no le fue favorable y la puso en guardia. Por eso decidió pasar más tiempo con el hombre analógico. Ella estaba en casa cuando él llegó. Dejó las llaves sobre el aparador y se dirigió al despacho sin reparar en ella.

¿No me vas a decir nada?

El crucigramista miró entonces a María Regla y descubrió que se había pelado al cero, luciendo una cabeza redonda y negra de donde había desaparecido su pelo alborotado. Le quedaba bien y se lo dijo.

Anda, no te encierres ahora en el despacho. Ven un ratito conmigo, blanquito. ¿Es que no vas a estrenarme con este nuevo look?

El hombre analógico trató de resistirse, le apartaba los brazos, trataba de replegarse cuando su pareja se le acercaba para besarle, pero al final se topó con la pared, haciendo temblar la colección de gatitos de cristal color caramelo situada sobre el aparador. Cuando La Cubana le pasó su dedo índice, delgado y larguísimo, por su cuerpo de arriba abajo supo que no tenía escapatoria y asumió que su crucigrama tendría que esperar un poco más.

A la mañana siguiente se levantó a la hora convenida. María Regla estaba tumbada en la cama a su lado, rapada, desnuda, bellísima. Recordó que había trabajado en el crucigrama para el periódico durante gran parte de la madrugada y que, por tanto, apenas había dormido tres horas. Recogió de la mesilla de noche sus gafas de tipógrafo y salió al pasillo. En el cuarto de estar hizo algunos estiramientos y flexiones. Luego se metió en la ducha y se vistió con cuidado para no despertar a la negra. Entró en la cocina para dejar preparada la cafetera sobre la hornilla, colocó su taza sobre la encimera, al igual que la cucharilla y el azúcar. Lo dejó todo listo para poner la cafetera en el fuego a su regreso. Aunque esta vez la acción no fue perfecta porque había poco café en el bote metálico donde lo guardaba, así que tendría que pasar por la tienda veinticuatro horas y comprar suministro para aprovisionarse. Cogió el sobre que había dejado encima del aparador hacía tan solo tres horas y abandonó su vivienda rumbo al quiosco del barrio, cerrando la puerta con cuidado, eso sí, para no importunar a María Regla, que tenía

mal despertar. La ciudad apenas se había puesto en marcha, bostezaba una imagen poco definida aún, como de principio de glaucoma, con extrañas luces debilitadas envueltas en la percepción grisácea de unas construcciones reconocibles. Dobló la esquina para dirigirse a la plaza del barrio. Allí trabajaban los operarios de la limpieza. Había un banco sobre el cual los jóvenes habían dejado esparcidas bolsas, botellas y vasos de plástico como testimonio de su presencia allí la pasada noche haciendo botellón. Abdul levantaba la persiana de su negocio y los primeros seres burocráticos atravesaban la plaza con sus tabletas bajo el brazo, con sus auriculares bluetooth, sus mensajes; recordándole mucho la película *Her*, de Spike Jonze, que había visto en el Cine Callao hace años con María Regla, donde un tipo se enamora de su sistema operativo. Comprobó, palpando por fuera el bolsillo de su pantalón, que había llevado consigo la llave del arcón metálico donde los repartidores dejaban los fardos de periódicos y revistas. Cuando levantó la cabeza no podía creer lo que veía. Más bien lo que no veía. El quiosco de prensa había desaparecido. Pensó que eso no le podía estar sucediendo a él, que tal vez era una alucinación por haber dormido poco o dios sabe qué porquería había fumado con La Cubana después de hacer el amor. Sería producto del principio de glaucoma con el que había amanecido Madrid o de algún cambio de ubicación dentro de la plaza. Miró a un lado y a otro. Nada. Ni rastro del quiosco. El arcón metálico tampoco estaba, así que no sabía qué iba a hacer esa mañana con el sobre donde guardaba el crucigrama para el diario *El País*. Comenzó a notar los latidos de su propio corazón, le faltaba el aire y la sudoración de pies y manos lo había tomado por sorpresa. Estaba seguro que su aliento apestaría también.

Fue cuando se le apareció, una vez más, su plaga bíblica. Había un saltamontes justo en el emplazamiento en el que debería estar el quiosco de prensa, con sus antenas estiradas, emitiendo aquel sonido cruel que producía al frotar los fémures contra las alas. Llevado por la rabia trató de pisar al saltamontes contra el suelo, pero el insecto se espantó y, brincando, desapareció en las profundidades de la plaza. El crucigramista fue a la tienda de Abdul y le preguntó por el quiosco, pero el marroquí no sabía nada, estaba igual de sorprendido que él. Seguidamente fue al bar, pero no al de los marroquíes, sino a otro distinto que llevaba en el barrio más de cincuenta años sirviendo cafés y tostadas desde primera hora de la mañana. Allí le preguntó al camarero y éste, con un trapo de cocina al hombro y sin volver la vista atrás porque estaba abriendo una botella de brandy para preparar un carajillo, le contestó que había venido un camión grúa con un brazo articulado para llevárselo, que se había acabado la concesión municipal y que lo habían trasladado a otro barrio, así como que si quería comprar la prensa podía hacerlo en la tienda veinticuatro horas. Al hombre analógico no le gustaban los cambios. Estaba nervioso, no sabía qué hacer. Pensó en llamar a Alvarado, en llamar al periódico. Tenía que hacer algo. En la calle trató de parar a algunos transeúntes para pedirles que le prestaran el móvil con el fin de poder hacer una llamada, pero éstos lo tomaban por un loco y le huían o le negaban la petición. Después recordó que él mismo tenía teléfono, así que volvió a casa, eso sí, con un impenitente rumor de fracaso zumbándole en los oídos.

El abogado le dijo que no tenía ni idea de lo que le estaba contando. Por su tono de voz, se notaba que Javier Alvarado

estaba cansado de que el crucigramista lo llamara cada vez que tenía algún problema. Se mostró distante. Incluso así, dijo que esas cosas pasaban, que la vida era cambiante y que el quiosquero se habría jubilado o que se trataría de algún tema administrativo con el Ayuntamiento. Cuando colgó el teléfono, el hombre analógico tenía la impresión de haber estado hablando con su amigo en un idioma extranjero. Lo único que había entendido durante la conversación era que debía contactar con el periódico para que allí le dijeran cómo actuar en adelante y, sobre todo, dónde dejar el sobre con los crucigramas. Eso sí tenía sentido. Abandonó la cocina, desde donde había estado hablado por teléfono, y salió al pasillo. Ni siquiera miró el gigantesco crucigrama que él mismo estaba confeccionado para pasar a la historia de su profesión. Entró a su despacho, donde buscó un ejemplar cualquiera del periódico, y regresó con un número de teléfono apuntado en un trozo de papel.

¿Quién dice que es?

El hombre analógico repitió su nombre.

Perdone, pero no sé quién es usted.

La operadora que trabajaba en la centralita del periódico debía ser muy joven. Le daba la impresión de que no era muy espabilada. La imaginó mascando chicle, sentada con las piernas cruzadas y zarandeando un zapato, mientras se pintaba las uñas de las manos sin problemas porque llevaba un auricular inalámbrico para atender las llamadas.

Soy el hombre que prepara los crucigramas del periódico.

Qué sorpresa. Nunca había hablado con usted. Encantada de conocerle. Disculpe que no le haya pasado antes con dirección, pero entiéndame, no podía dar curso a esa llamada

sin identificarle antes. Le paso ahora mismo. ¿Sabe una cosa? Yo soy una gran aficionada a sus crucigramas. Los hago todos los días, aunque no siempre los termino. Los pone muy difíciles. Me alegro de saludarle. Manténgase a la espera.

Unos segundos después apareció una voz femenina. El hacedor de crucigramas preguntó de nuevo por el director, creyendo que la operadora le había pasado con alguna secretaria. La mujer que le hablaba se identificó como la nueva directora de El País. Un nuevo seísmo de entendimiento sacudió al hombre analógico, que no era partidario de los cambios.

Perdóneme. No la conocía.

No pasa nada. Dígame en qué puedo ayudarle.

Él le dijo quién era y en qué consistía su trabajo. También le dijo a la directora cómo hacía cada día para hacer llegar el crucigrama al periódico, así como que acababa de descubrir que la municipalidad había retirado el quiosco de prensa donde solía depositar el sobre con el crucigrama que el periódico publicaba al día siguiente.

¿Y cuántos años dice usted que lleva haciendo eso para este periódico?

Treinta.

¿Puede aguardar ahí un minuto? No cuelgue, por favor.

Es probable que la directora lo dejara en espera para atender una consulta urgente, tal vez la llamada del corresponsal en Jerusalén, que informaba del lanzamiento de diecisiete misiles desde la Franja de Gaza, o quizá estuviera hablando con el responsable de la página de pasatiempos para cerciorarse de que cuanto decía era verdad.

Vamos a ver. Acabo de hablar con el jefe de personal y me dice que su nombre no consta en nuestra plantilla, sino que

usted es un colaborador externo. Efectivamente, me confirma su trabajo durante el tiempo que usted me ha indicado. No sé de qué quiosco de prensa me habla ni sé cuál habrá sido su destino, pero de cualquier forma lamento comunicarle que debemos prescindir de sus servicios. Usted trabaja, digámoslo así, de forma artesanal y este periódico debe estar a la vanguardia y también debe velar por abaratar los costes al máximo. Hoy en día existen programas informáticos capaces de preparar los crucigramas en cuestión de segundos. No es por minusvalorar su trabajo, pero entiéndame. Le abonaremos todo lo que falta de mes, aunque en ese momento daremos el acuerdo con usted por extinguido. Le agradezco todos esos magníficos crucigramas que nos ha ido enviando puntualmente durante tantos años, pero no podemos continuar así. Compréndame, se lo ruego. Para cualquier cosa que necesite, ésta es su casa. Le mando un saludo.

Un pitido que se repetía de forma regular sucedió a la voz de la directora de El País, dejándole helado. ¿Qué iba a ser de él ahora? Tuvo la intención de volver a llamar a Javier Alvarado porque debía tener algún derecho adquirido después de trabajar tanto tiempo para el periódico, aunque finalmente no lo hizo por miedo a incomodarlo. Debía contactar con la redacción de algún otro diario. Finalmente decidió tomarse el día libre, habían sido demasiadas emociones encadenadas, suficientes impactos que encajar. Y además estaba La Cubana, a quien tendría que informar sobre el sucedido, sobre el cambio tan inesperado que iban a dar sus vidas si no era capaz de ponerle remedio a la situación en los siguientes días.

Lo que vino después fue el encuentro con la realidad. La

tierra continuaba con sus movimientos de rotación, traslación, precesión, nutación y bamboleo de Chandler, además de otras variaciones orbitales, mientras él acudía a la oficina de empleo. María Regla, con su cabeza afeitada, se había prestado a acompañarle. Después de recoger un reporte con un número y de aguardar sentado por espacio de una hora y diecisiete minutos, lo atendieron en una mesa de tantas, blanca, impersonal; perdida en una infinidad de mesas blancas e impersonales que se repetían hasta el horizonte de la oficina. La Cubana también entró con él y se sentó a su lado. El funcionario le preguntó qué sabía hacer, él respondió que crucigramas. Francamente molesto, el funcionario lo miró raro y le dijo que ése no era lugar para hacer bromas, que había mucha gente esperando encontrar trabajo. Él le dijo que hablaba en serio y tuvo que explicarle su anterior relación con el diario El País. Una vez escuchado lo que le tenía que decir, imprimió una hoja que le hizo firmar. A su vez le informó de que en la primera planta había un servicio de orientación laboral y que no le correspondía prestación alguna. La negra acarició entonces la superficie pelada de su cabeza. No podía creer aquel paso hacia atrás que habían dado en sus vidas. Y comenzó a intuir un futuro delicado donde iba a regresar el concierto de tripas.

Durante los siguientes meses las entrevistas de trabajo no fueron bien. Las hubo de todo tipo. En algunas descartaban al hombre analógico por ser desconocedor de la lengua inglesa, en otras por no saber informática o por no tener el carné de conducir. La más absurda fue la de una multinacional del bricolaje, donde después de hacerle una serie de preguntas lo dejaron solo en una habitación acristalada para observarlo como

a un animal de zoológico. El crucigramista no pudo aguantar más, cuando llevaba allí dentro veinte minutos sometido a observación estalló de rabia contra las cristaleras. Las golpeó con los puños, con las palmas de las manos hasta hacerlas temblar, chilló y lanzó alguna patada hasta caer de rodillas en el suelo. Lo sacó de allí un agente de seguridad.

En el mercado laboral no existía. Estaba en una edad complicada para acceder a un puesto de trabajo, no estaba formado en nada más allá de construir crucigramas, carecía de titulación en idiomas, no sabía informática ni tenía empuje para reciclarse. Realizó algunos cursos de formación financiados por el servicio de empleo, pero aquello no era más que una pérdida de tiempo. La negra lo sabía, él también lo sabía. Las estrecheces económicas no tardaron en hacer su aparición. María Regla comenzó a trapichear con drogas a pequeña escala. Se marchaba por las mañanas y regresaba a primera hora de la tarde con un puñado de euros. Él nunca llegó a saber la procedencia de ese dinero, aunque se lo imaginaba. A lo máximo que llegó en el mercado laboral fue a encontrar un trabajo en la tienda de Abdul. Sin contrato, sin seguridad social. Tan solo un delantal blanco y jornadas amplísimas donde apilar y colocar la mercancía, así como atender a los clientes. Botes de leche, palés de agua mineral, costillares de animales abiertos en canal, sacos de pan, reponer las cajas de fruta. No duró más de quince días. Era torpe con el cambio, le costaba distinguir las carnes y las especies. No sabía expresarse en árabe y no tenía conocimientos para despiezar un animal. Abdul le pagó lo que se le adeudaba y le pidió que lo comprendiera.

No vales para este trabajo. Lo siento.

Los magrebíes eran buena gente. No dejaban que pagara en el bar ni en las tiendas del barrio, pero no podían darle trabajo. Lo único que tenía demanda era el campo o alguna fábrica de envasado donde tal vez pudieran recomendarle. Aun así el hombre analógico siguió ayudando a los hijos de los magrebíes a hacer los deberes, a los hombres a rellenar impresos, a las mujeres con el idioma. Pero llegó el infierno tan temido del corte de la luz y del corte del agua. El crucigramista y La Cubana tenían que alumbrarse con velas cuando caía la noche, tenían que recoger el agua con garrafas de las fuentes públicas y luego llevarlas hasta el piso. Las noches se habían convertido en fantasmagóricas y las duchas en una desventura acuática con cubos y ollas. Todavía no le habían cortado el teléfono por impago cuando se vio en la obligación de contactar con sus hermanos. Consultó la agenda que solía emplear su padre, donde estaban apuntados a mano más de cien números. No hubo suerte con las dos primeras llamadas. Tal vez no estuvieran en casa o hubieran muerto. Al tercer intento —su última oportunidad—, apareció una voz extraña al otro lado del hilo telefónico. Era Pancho, el segundo de los cuatro hermanos. Se alegró de hablar con él después de tantos años. Aunque le faltaba muy poco para jubilarse, todavía trabajaba en una gasolinera, y su mujer era maestra de Primaria. Le dijo que tenían dos hijos y que estaría bien que algún día se vieran. Por Pancho supo de sus otros dos hermanos, el mayor era médico y trabajaba en Montpellier, donde vivía con su familia. Elena, la única mujer de entre sus hermanos, vivía ahora en las Islas Canarias después de haber pasado muchos años en Londres, donde había regentado una empresa turística. El hombre analógico le contó su situación a Pancho. Éste lo lamentó, le

dijo que hablaría con el resto de los hermanos y que lo llamaría para comunicarle lo que habían decidido. También le dijo que vendiera la casa, que estaba seguro que ninguno de ellos le iba a pedir una compensación económica. Entonces él le contó en qué estado se encontraba el edificio y que prefería que se cayera a pedazos antes de entregárselo a ese especulador de Covadonga, que era una cuestión de principios y un poco, quizá, de orgullo. Cinco días más tarde sonó el teléfono. La Cubana le dijo que tenía una llamada de su hermano Pancho. Lo siento mucho, he hablado con el resto de los hermanos y hemos decidido que no te vamos a dar dinero. Tienes que madurar, ¿sabes? Ya no eres un niño. Si me dejas tu número de cuenta yo, a título personal, te puedo hacer un ingreso, una pequeña cantidad para que vayas tirando. Eso fue lo último que el hacedor de crucigramas habría de escuchar de boca de su hermano Pancho, puesto que él mismo le colgó el teléfono. La Cubana lo miró desde el sofá, donde estaba tapada con una manta. Comenzaba a hacer frío en Madrid y también en sus vidas.

La desgracia humana no conoce límites, todo puede ir a peor. El último día que habitaron el piso que el hombre analógico poseía en el barrio, La Cubana y él no se percataron de la presencia del esbirro de Raimundo Covadonga cuando salieron aquella mañana a buscarse la vida, como tampoco se percataron de la presencia de un saltamontes encaramado en la espalda del crucigramista. A escasos metros donde se dieron un beso de amor, antes de separarse para ir a trapear con drogas ella y hacia una boca de metro él, un hombre los observaba en la distancia, oculto tras un árbol en el parterre

que quedaba justo enfrente del caótico edificio. Apenas diez minutos después, ese mismo hombre apareció acompañado de dos operarios y un soldador. En algo menos de media hora habían sellado la entrada al edificio con una chapa metálica bien remachada y soldada al marco, de forma que era imposible acceder al inmueble. Claro que todo eso ellos no lo sabían. La pareja volvió a encontrarse hacia las ocho de la tarde en la plaza del barrio. Fueron, como tenían por costumbre, al bar de los magrebíes para tomar el té y fumar de la pipa de kif. Él despachó unos asuntos burocráticos y administrativos con una familia recién llegada a la ciudad, mientras María Regla continuaba hundida en los cojines y enchufada a la pipa de kif, resistiendo entre risas las zalamerías de un par de marroquíes que la creían una golfa. Cuando el hacedor de crucigramas y ella salieron del bar y se dirigieron a casa caminando agarrados por la cintura, descubrieron que la puerta del edificio estaba sellada, que les iba a resultar imposible entrar. La negra era una consumada buscavidas, por eso no se quedó allí pasmada o intentando pelear con una puerta de chapa infranqueable, sino que, muy al contrario, trató de buscar una solución. Recordó que la primera vez que accedió al edificio lo hizo por la parte de atrás, por la plaza del barrio, y no por la puerta principal. Se arrastró. Aquella vez en la que su desdicha la condujo al barrio, muerta de hambre y agotada de pelear con la vida, se arrastró. Detrás de un seto y de un árbol que tenía instalado riego por goteo gracias a la municipalidad, La Cubana vio una rejilla descorrida, salida de su marco. Pensó pasar la noche allí, oculta entre el seto y la rejilla, pero la curiosidad pudo más y recogió la rejilla entre sus manos para asomarse por allí y ver qué es lo que había al otro lado. Encendió una cerilla y descubrió

que se trataba de un pasadizo, un tubo por el que ella misma cabía, desembocando en un misterioso otro lado, que si bien no terminaba de definirse era seguro que pertenecía al interior de un edificio, donde ella estaría a resguardo de la intemperie. Sin embargo, esta vez María Regla encontró igualmente sellado con chapa ese pasadizo, por el cual pretendía arrastrarse de nuevo como una rata con tal de acceder al interior. Regresó furiosa a la puerta principal, donde se reunió con el crucigramista. Seguro que ambos pensaban en Covadonga y lo maldecían en silencio. Entonces supieron que se habían quedado en la calle.

La primera noche de sus vidas que ejercieron juntos como indigentes estuvieron a punto de pasarla en el albergue municipal. El Ayuntamiento de Madrid había activado un plan, a través de sus Servicios Sociales, para evitar que los mendigos durmieran entre cartones y ayudarles a combatir el frío en las calles proporcionándoles mantas y café caliente, así como trasladando al albergue municipal a quienes lo solicitaran. La Cubana lo sabía y trató de convencer al hombre analógico para que la acompañara hasta allí. En realidad lo evitó Yazidi, el panadero del barrio, que era de Tetuán. Le había tocado traspasar porque los magrebíes montaban guardia cada noche en la plaza desde los altercados con los ultras neonazis. Los encontró en una situación de desamparo y les ofreció pasar la noche en el bar. Les abrió él mismo, que llevaba un manojo de llaves con todas las de los negocios que tenían los marroquíes en el barrio. Les bajó de su casa unas mantas y algunos cojines. Fue suficiente. El crucigramista le estuvo muy agradecido.

Antes había hablado con su amigo Javier Alvarado. El

hombre analógico parecía un poseso por las calles del barrio, parando a los transeúntes para pedirles prestados su teléfonos móviles con el fin de poder hacer esa llamada. Todos le rehuían, temían que fuera una artimaña para robarles. Sospechaban de María Regla, situada en las inmediaciones. La miraban mal, pensaban que el uno o la otra les quitarían sus teléfonos y saldrían corriendo después. Pero al final siempre hay un tipo cándido, un buenazo que se apiada del prójimo. Era un chaval con gafas, flequillo y pinta de estudiante. No tendría más de veinte años, pero demostró toda la fraternidad que les faltaba a los demás. Él fue quien le prestó su móvil. ¿Cómo que sellado con una puerta de chapa? Eso es ilegal, dijo el abogado al otro lado del teléfono, te lo tendrían que haber notificado previamente. Ésta es otra de las artimañas de Covadonga. Lo siento mucho. Mañana mismo le meteré una demanda en los juzgados.

Quedaron en verse al día siguiente en el despacho de Alvarado, pero no hizo falta que éste interpusiera la querella porque ya no había edificio. Los despertó uno de los camareros, les dijo que no podían estar más tiempo echados allí, en el suelo del bar, porque iba a abrir en breve. Entonces escucharon el ruido de la pala que estaba demoliendo el edificio, pero no le dieron importancia porque no imaginaron que se tratara de eso. Desayunaron allí mismo. Charlaron con el camarero y con los primeros clientes. Él leyó el periódico y se detuvo con especial atención en la sección de pasatiempos, donde criticó duramente el crucigrama que había publicado *El País*, porque era de una simplicidad absoluta y de una falta de profesionalidad preocupante, cuestión que lo disgustó sobremanera. Solo después, cuando salieron del bar descubrieron lo que estaba

sucediendo. Vieron el edificio acordonado por la parte de atrás y ya medio descabezado. Cuando volvieron la calle buscando la puerta principal vieron que la fachada del edificio ya no estaba en pie, sino que una pala excavadora había penetrado en su interior, había conquistado la parte más alta de la pila de escombros y blandía sin piedad su brazo articulado arremetiendo una y otra vez contra las paredes, conformando una gran nube de polvo. La negra echó a correr. Tosiendo y haciendo aspavientos coronó la montaña de escombros para asombro de los obreros, que trataron de impedírselo por su seguridad. Pero ella ya había conseguido llegar hasta arriba, hasta alcanzar la puerta de la excavadora, donde un operario la miró con cara de espanto, asustado, como si estuviera ante una no muerta. Le hizo señales, le pidió que parara, incluso golpeó la máquina; cuestiones inútiles todas ellas porque era demasiado tarde. La pareja dio sus explicaciones a los obreros y éstos respondieron que estaban haciendo su trabajo. El crucigramista y María Regla tan solo pudieron curiosear por unos momentos sobre los escombros. Apenas encontraron algo reconocible, él descubrió un álbum de los que utilizaba para guardar las fotografías que debían atrapar el espíritu de Almudena. También encontró uno de los gatitos color caramelo que tenía sobre el aparador y que había sobrevivido a aquel holocausto. Ella se hizo con un pedazo del crucigrama gigante que siempre estuvo colgado en el pasillo y que se echó al bolsillo del pantalón como recuerdo.

Javier Alvarado los recibió a última hora de la mañana en su despacho. Les había hecho esperar en la salita porque tenía mucha clientela que atender. Ellos le contaron todo lo que habían visto. El abogado les dijo que había hecho

unas comprobaciones, que había llamado a Urbanismo del Ayuntamiento de Madrid, donde le habían confirmado que el permiso de derribo estaba en regla, así como que el edificio había sido catalogado como abandonado. No se podía hacer nada. El derribo era legal.

Durante varios días estuvieron sobreviviendo por Madrid. Cuando hacía frío montaban en el metro hasta la última estación y volvían a empezar. Se quedaban allí dormidos en los asientos del vagón, cabeza contra cabeza. Después subían a la ciudad, pero allí nada les interesaba. Si acaso el barrio donde antes había estado su piso centraba su atención. Era el único sitio que conocían donde los respetaban y podían sentirse seguros. Solían pasar por el bar de los marroquíes, por la tienda de Abdul, tomaban asiento en el parque y charlaban con algún conocido. Las mujeres marroquíes fueron muy amables con ellos, durante algunos meses les dieron de comer y les ofrecieron cuanto tenían. Pasado un tiempo y para no caer en el abuso, la pareja decidió no cargarles más con su presencia y probaron en los comedores sociales, donde no tuvieron problemas para acceder a un plato de comida caliente. Lo más duro de sobrellevar eran las noches, plagadas de problemas en Madrid. Estaban las navajas y estaban las peleas. Además, dormir al raso era complicado, hacía frío, había competencia por los mejores lugares, por los cajeros automáticos, los portales y recovecos más solicitados. Dormir sobre cartones les dejaba la espalda hecha polvo y luego iban renqueando el resto del día. Así que probaron también los albergues municipales y las casas de acogida, asombrándose de la solidaridad que mostraban algunas instituciones. Como la situación no mejoraba, un día

de lluvia, harta de estar harta de la situación tan calamitosa que estaban atravesando, La Cubana preparó un ritual para espantar el mal fario. Consiguieron entrar en el portal de un edificio que parecía poco transitado y allí procedió a espantar las energías negativas en medio de sortilegios caribeños. De hecho, la negra anduvo unos días por Madrid feliz, creída de que su suerte pronto iba a cambiar. También fumaron mucho, colocarse era lo único que les quedaba como antídoto contra la infelicidad.

Y cierto fue que todo al final cambió. La insostenibilidad de la situación era desmesurada. Los meses pasaban, no tenían dinero ni eran capaces de conseguir trabajo. Todavía podían rehacer sus vidas, aunque no juntos. Necesitaban desapegarse, separarse el uno del otro para comenzar desde cero. La vida es una sucesión de etapas y aquélla ya estaba agotada. En cambio, el último día que La Cubana estuvo con el hombre analógico no notó nada de lo que iba a suceder. Tal vez porque cuando llegan los momentos determinantes de la vida, lo mejor es pasar el trago de golpe, sin capacidad de volver atrás, y eso no se anuncia, se ejecuta como hace el verdadero suicida. Acababan de levantarse de uno de los bancos del parque, donde habían estado contemplando los avances en la construcción del nuevo edificio que reemplazaba al que ellos habían habitado. Debían ser las ocho y media de la tarde. Las farolas estaban encendidas, los hombres ya se congregaban en el bar de los marroquies porque debía haber partido de fútbol en la televisión. Ellos no deseaban demorarse demasiado porque después resultaba complicado dormir en el albergue municipal y corrían el riesgo de quedarse sin cama. Incluso caminaron unos metros cogidos

de la mano, hasta que María Regla notó que el crucigramista se soltó. Ella siguió caminando unos metros sin volver la vista atrás y cuando quiso saber de él, éste ya no estaba. El hombre analógico había desaparecido, había tomado el camino hacia el lugar desde el cual le pareció oír al menos la insinuación de una llamada. Y esa llamada, fuera la que fuese, solo le concernía a él. La negra miró entonces a un lado y a otro sin suerte, lo buscó entre los viandantes, pero no alcanzó a verle. Pensó que no podía ser que desapareciera así como así, que ya no estuviera. Por eso entró en el bar de los marroquíes para ver si estaba allí, pero no lo encontró. Miró en los parterres, volvió la esquina para ver si la había adelantado, fue hasta la boca del metro. Nada. Había desaparecido. Era como si se hubiera fusionado en el paisaje volandero de las hojas caídas y arremolinadas.

Pese a la terrible pérdida, que habría de perpetuarse en el tiempo, la tierra siguió inmersa en su órbita gravitacional. Por entonces La Cubana no pensó que la desaparición era el destino de todas las cosas, y que quien se atormentaba por ello se hacía daño a sí mismo. Creyó que era magia caribeña, que había sido víctima de algún sortilegio maléfico y no que, simplemente, se trataba de ese animal fabuloso que es la vida. Se asustó cuando se formó la idea de que ella misma, en adelante, podía convertirse en un ser extraño que fuera cada día a retratar con unas cámaras fotográficas el lugar donde desapareció el hombre analógico, para ver si así podía atrapar su alma. Aquello le espantó. Como todo ser enamorado, no cayó en la cuenta de que depositó en el objeto de su adoración esperanzas falsas y desmesuradas. Fue cuando sacó del bolsillo de su pantalón un recorte de papel. Era un trozo del crucigrama gigante en

el que su pareja había estado trabajando durante años. Volvió a fijarse en las únicas casillas que quedaban por rellenar. Ocho cuadrados en blanco. Imaginó la leyenda que habría preparado el hombre analógico: El amor de mi vida, ocho letras. Y allí sabía que su nombre no encajaba, sabía que La Cubana tenía ocho letras, pero la conformaban dos palabras, mientras que la palabra que encajaba a la perfección era Almudena. Ella no podía competir en amor con fantasmas.

Sin embargo reaccionó pronto, mucho antes de lo que lo hace la inmensa mayoría de la gente. La Cubana era una negra revoltosa y estupenda, rapada y de piel brillante, de una bobería infinita para enamorarse, de carcajada fácil y vagina loca. No debía tener ningún problema para encontrar otro hombre. Por eso, asumida la pérdida, muerta de miedo ante el futuro y deseosa de volver a empezar cuanto antes otra vez, silbó al paso de un hombre de mediana edad que surcaba en ese momento la calle de camino a la plaza del barrio, un hombre cualquiera que tenía pinta de ganarse bien la vida y que parecía necesitar tanto calor humano como ella.

¿Dónde vas guapo? —le preguntó, abalanzándose sobre él.

Y es que el espíritu de las cosas muertas ya flotaba sobre la tierra y sobre las aguas hace millones de años y su hálito seguía siendo fétido.

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. <i>El breve verano de Nefertiti</i> . Hiber Conteris.....	1994
2. <i>El viaje</i> . Pura Azorín Zafrilla	1995
3. <i>Gato por liebre</i> . Eduardo García Pérez	1996
4. <i>La tercera vez</i> . Pilar Bellver.....	1997
5. <i>El farero de Sheringham</i> . Óscar Montero	1998
6. <i>La noche de Gulliver</i> . Elena Alemany	1999
7. <i>La piel que te hice en el aire</i> . Rafael Marín	2000
8. <i>Los mejores años</i> . Andrés Pérez Domínguez.....	2001
9. <i>El tren</i> . María Vila	2002
10. <i>Viento divino</i> . F. Javier Pérez Fernández.....	2003
11. <i>Las fauces del diablo</i> . Francisco José Jurado	2004
12. <i>El cornezuelo de cola azul</i> . José Antonio Palomares	2005
13. <i>Lo que esconde el cuadro</i> . Beatriz Olivenza Bernardo.....	2006
14. <i>Las cifras mandan, Balboa</i> . José Antonio Palomares	2007
15. <i>El fantasma de John Wayne</i> . Jaime Molina García	2008
16. <i>La joven del estanque</i> . María Luisa del Romero	2009
17. <i>La podredumbre y el mar</i> . Adolfo Muñoz Palancas	2010
18. <i>Los hijos de las sombras</i> . Iban Munárriz Vega	2011
19. <i>400 ASA</i> . Daniel Luna	2013
20. <i>Kilómetro treinta</i> . Rafael Serrano Bello	2014
21. <i>Corderos</i> . Ernesto Tubía	2015
22. <i>Vísperas de nada</i> . José Carlos Díaz	2016
23. <i>El efecto avispa</i> . Chelo Sierra	2017
24. <i>Un punto rosa</i> . Pilar Tuero	2018
25. <i>Un hombre analógico</i> . Ignacio Borgoños.....	2019

Este libro se terminó de imprimir
el 17 de enero de 2018,
festividad de San Antonio Abad,
en los talleres de Yeclagráfíc.

